La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 18 de abril de 1892 — Núm. 538

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EXPENDEDOR DE NARANJAS EN SEVILLA, cuadro de D. José García Ramos

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Pocos literatos, muy pocos, del fuste por todos reconocido en el eximio Pérez Galdós. Profundamente observador, ve hondo y ve lejos, por lo mismo que reconcentra mucho la mirada en los objetos presentes á su atención. Yo comparo la síntesis con el telescopio, que convierte la vista de suyo á lo infinitamente grande; y comparo con el microscopio la operación contraria, ó sea el análisis, que convierte la vista de suyo á lo infinitamente pequeño. Hay talentos de telescopio, cual el talento de Víctor Hugo; y hay talentos de microspio, cual el talento de Balzac. El primero ve mejor los cielos y las ideas; el segundo ve mejor las cosas y los hechos; el primero trae luz y acerca lo infinito á la vida contingente, mientras el segundo sorprende la vida en sus más recónditos misterios y conoce hasta el átomo imperceptible, que huye á la vista y aun á la misma observación. Pérez Galdós ha tomado el telescopio para mirar en los horizontes infinitos del tiempo las glorias nacionales, y el microscopio para mirar en las costumbres corrientes y continuas los microbios de la vida usual y diaria. En todo ha brillado como astro de primera magnitud y con todo ha conseguido un renombre ilustre. Muy periodista, muy crítico, muy filósofo, muy poeta, su calidad culminante ha sido siempre la calidad excelsa de novelador conspicuo. En este género de literatura sobresale su vocación interior y sobre tal ministerio y objeto se basa el fundamento de su vida. Y, por lo mismo, parecía poco idóneo para brillar en el arte dramático, necesitado de facultades y aptitudes muy opuestas á las facultades y á las aptitudes del narrador, que observa é historia sus observaciones, para sorprender más el móvil determinante de cada acción que las acciones mismas, objeto casi exclusivo estas últimas del autor dramático. No hay en la historia novelista que haya sido dramaturgo, ni dramaturgo que haya sido novelista. El mayor de nuestros ingenios, el inmortal Cervantes, ha compuesto las primeras novelas y as últimas tragedias de nuestro rico acervo literario. Tirso no vale por sus Cigarrales, no, lo que vale por sus comedias. La rapidez exigida por el teatro, siempre sujeto á las exigencias del tiempo y del espacio, riñe con las lentitudes propias de la novela, que dispone de cuanto espacio y tiempo quiere. No es mucho, pues, que los amigos de Galdós temieran un fracaso en la escena de literato tan feliz y prepararan la primera representación de su ensayo reciente con mucho tiempo, demostrando así un grandísimo acierto. La obra, muy reflexiva de suyo y muy bien dispuesta, no obstante aparecer como novela dialogada y en acción, vale por el caudal y copia de observaciones é ideas que la enriquecen, así como por la filosofía viva que hay allí puesta en rápida é interesante acción, dentro de argumento que se anuda con sumo arte y se desenreda con lógica y naturalidad, dados los factores entrados en la trama y los motivos determinantes de sus actos, y los caracteres que desarrollan en su acción, y las pasiones y los intereses que pugnan en el conflicto. Cumplida enhorabuena debemos dar á Pérez Galdós, amigo nuestro muy querido y muy antiguo, cuya gloria nos interesa por ser su nombre ornamento y gloria y lustre de nuestro tiempo.

II

La primavera comienza con recepciones académicas, aunque deban parecerse más á septiembre y octubre las Academias que á mayo y abril. Aquí acabamos de recibir á Barbieri en la Española, mientras recibían los franceses á Loti en el Instituto. ¿Quién deja de conocer á Barbieri en España? ¿Quién deja de admirarle? Su música repite los ecos de las armonías esparcidas en el aire nacional. Su musa resucita la voz de aquellas manolas fijadas por Goya en sus cuadros y de aquellos chisperos movidos por D. Ramón de la Cruz en sus sainetes. Barbieri se nos aparece como el más genuino repetidor de la melodía española difusa en las cordilleras de Ronda, en las costas de Málaga, en las orillas del Ebro y del Guadalquivir, en los campos de Vasconia y de Galicia. No hay acento más dulce y melodioso en aire ninguno cual el acento que dejan como una estela de notas armoniosísimas las cuerdas de nuestra guitarra helena. De aquí, del viejo lirismo, consubstancial á nuestro genio y á nuestra complexión, dimana que no brillemos en el arte lírico dramático cual brillamos en el arte lírico popular. Quien compone una serenata, parecida en su origen anónimo al romancero, una serenata de cadencias dulces y de melodías melancólicas, desahogo del alma individual evaporada en una cadencia semejante á una lágrima no puede componer las enmarañadas y complicadísimas armonías de un drama lírico. Así tenemos bien pocas óperas de repertorio, mientras tenemos innumerables melodías de mérito. Aquí nuestro gran músico al par que nuestro gran épico es el pueblo. Sus zorcicos en el Norte, sus coros en Levante, sus alboradas en Oeste, sus jotas en el Centro, sus serenatas en el Mediodía componen acaso el conjunto melódico más bello que haya la humanidad nunca escuchado en el mundo. Y aquí la gloria de Barbieri: escanciar en esas melodías sus dramas líricos, á la manera que los antiguos trágicos helenos escanciaban en los versos homéricos las inspiraciones de sus tragedias. Así explico su gran favor en el pueblo, favor que ha debido consagrar el Instituto literario, donde tienen su propia natural sede todas nuestras ilustraciones.

III

Pedro Loti acaba de ingresar en la Academia Francesa, como revelador en Francia de la mujer exótica. Marino desde la niñez, ha dado al globo la vuelta; y en estos viajes ha querido fijar antes que todo los caracteres femeninos encontrados por casualidad. Y como en Oriente los tipos y arquetipos duran tal número de siglos, leyendo las relaciones actuales de Loti creéis asistir á los primeros tiempos de la historia y á los primeros albores de todas las edades. Las letanías que nosotros decimos á la Virgen, dícenla los indios á la mujer. Ella suma el misterioso número siete, que preside, como reunión de arquetipos, á las creaciones universales. Ella sustenta en sus pechos todos los seres. Así, en la India, cuando llega la hora del sacrificio, y arde sobre las aras el fuego sacro, y se amontonan las ofrendas, y el coro canta, y la poesía mitológica vuela entre nubes de aromas exhaladas por humaredas misteriosas, y los instrumentos místicos despiden armonías mientras los fieles alzan sus plegarias á las alturas y hunden las frentes en el polvo, mandan los sacerdotes que pasen primero, ante todos, á la prestación del homenaje las madres, ungidas y santificadas por una misteriosa predilección de la Naturaleza. No así en China, no. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar de manera ninguna la igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al Emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso, ni las instituciones ni las magistraturas lo defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colocar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa Misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor ni la sociedad entrañas para ella desde la hora en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa y de que una teja se halla expuesta por completo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque no existiendo aquellas hogueras en las cuales solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios en las costumbres chinas. Todos sabemos que sus tradiciones sociales impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «La mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor la superstición creencia de que la mujer no puede á sí guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia, la cual oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios necesitados de movimiento. Digan lo que quieran los apologistas que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas por extravagantes retrogradaciones á lo pasado, si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso ni celebrarse ceremonias religiosas sin su coparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo en los almacenes ó como un ave canora en las jaulas, en aquella parte del hogar que le pertenece, la más apartada y recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario. Y no solamente habla Loti de la mujer india, de la mujer china, de la mujer islandesa, como grande viajador y marino; habla de la mujer americana, de la mujer polinésica, de la mujer árabe y marroquí, de la mujer japonesa, del tipo de todas las mujeres encontradas ó entrevistas en los abordos y en los desembarques naturales tras sus largas navegaciones, medios seguros para él de obtener y allegar estéticas impresiones, muy difíciles en el escritor pegado á las aceras de París como á su arrecife la ostra y muy ajenas á la secular liturgia del gusto parisiense, castigado y correctísimo, en pugna constante y abierta con todas las originalidades exóticas, por él consideradas como bárbaros asuntos, dignos de la Historia Natural, ó cuando más, de las ciencias etnológicas, pero indignos de las humanas letras. Estas fotografías femeniles, tomadas al vuelo y al minuto por Loti, le han valido un renombre de galanteador y mujeriego, muy útil en la buena sociedad y en el gran mundo para granjearle favor y crédito, pero tan dañosa en el ánimo de algunos empingorotados académicos, que le han hecho correr el riesgo de quedarse sin plaza, en castigo á esta especie de poligamia, pues no le consideraban resignado y conforme á decir cuanto dice de las innumerables mujeres transcritas á sus libros sin haberlas conocido más que por las orejas y por los ojos. Loti se plañe de que á él, casado y con hijos, le crean los murmuradores un polígamo por haber querido estudiar el lado femenil de nuestra especie, y compongan maliciosamente con sus tipos y prototipos innúmeros un harén cosmopolita como no lo tuvo jamás igual ningún gran señor en el Bósforo. Pero dejando esto aparte, que no vale la pena, y que sólo recuerdo por dar idea de las malicias parisienses, lo cierto es que Pedro Loti, á la manera de Saint-Víctor y de Gauthier y de Peletan, escritores plásticos y coloristas, únicamente ve la exterioridad en sus tipos y únicamente los juzga por los colores y por las líneas, adorador ferviente y fanático de la forma. Quizás á esto, á su amor hacia el deslumbrante brillo, el vistoso lustre, las transparentes lacas, las diafanidades multicolores de los pintados vidrios, la flora de oro incrustada en las porcelanas de China, los vistosísimos jarrones japoneses, los pájaros de plata semi-acuáticos que van entre arrozales de seda en los bordados asiáticos picoteando peces de unas escamas parecidas á pedrería, débese que lo inconsciente, como se llama hoy á lo providencial, según el pedantismo germanófilo al uso, haya puesto en el combate literario, precedente á su triunfo académico y á su ingreso en el sacro colegio de la francesa literatura, por un lado á él, estético de todo lo deslumbrador, y frente á él por otro lado al estético de todo lo feo; alma de mariposa el uno, que discurre y vuela sobre todos los cármenes floridos; el otro, siniestra y grande alma de buzo que se anega sin repugnancia en la cloaca de todos los vicios sociales; el uno ingenio agradable, Loti; genio extraviado el otro, Zola. Yo creo las dos obras muy dispares y los dos talentos muy heterogéneos; creo que no han combatido con verdad los dos sistemas opuestos, el idealismo y el realismo; han combatido la tendencia pesimista de cierta escuela contemporánea, que cree curar el mal exagerándolo y poniendo al descubierto sus llagas repugnantes y asquerosas para que no vayan á él ni las moscas, con la tendencia completamente plástica de otra escuela china, cuyas obras, á modo de porcelanas, esplenden por sus colores á los ojos y luego al tacto por su indiferencia os comunican una repulsiva frialdad. He concluído.

Madrid, 10 de Abril de 1892.



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

AVANCE DE LOS ALEMANES

SE RENUEVA LA LUCHA. – DERROTA DEL EJÉRCITO FRANCÉS

(De nuestro corresponsal particular en el ejército alemán)

Suippes, 19 *mayo*

Toda la semana se ha pasado sin practicar movimiento alguno. Nuestra caballería y la mayor parte del ejército se albergan en los cuarteles franceses del campamento de Chalons, horriblemente sucio, pero mejor que el vivac en medio de la lluvia. Las patrullas recorren diariamente el Sur de Chalons-sur-Marne, y por el Este llegan hasta Bar-le-Duc.

Rheims está de hecho cercado, porque nuestros exploradores destrozan las líneas férreas que desde París conducen á esta ciudad apenas las repara el enemigo, mientras que por el Oeste nuestros destacamentos están en contacto con el ejército francés en el Norte. Así hemos sabido que diariamente se envían tropas por la línea férrea hacia el Sud, lo cual corrobora la noticia de que van á intentar de nuevo un golpe como el de Bourbaki en 1870. En estas circunstancias es casi lo mejor que pueden hacer.

A nuestra retaguardia, las divisiones de reserva trabajan día y noche para completar las comunicaciones por una línea férrea con la de Namur-Luxemburgo; y como todo se había previsto hace años en sus más minuciosos detalles, no hay apenas entorpecimientos que inquieten á los ingenieros. Indudablemente será de corta duración nuestra permanencia aquí, pues los caminos están preparados y ayer recibimos las municiones para nuestra reserva. Espérase que la línea á través de Mezieres-Givet quedará abierta dentro de un día ó dos, y entonces nuestro tren de sitio podrá tomar las obras defensivas de Rheims por un vivo fuego. Esta dilación, inútil me parece decirlo, contraría mucho á nuestros hotspurs, y he oído á muchos jóvenes subalternos que el anciano Moltke los habría conducido de una manera muy distinta. Sin embargo, yo creo que se podría demostrar por sus propias obras que no habría hecho tal cosa. Según él decía, el arte de la guerra no era sino la aplicación práctica de los principios propios para alcanzar un objeto dado, como por ejemplo la sumisión del enemigo á nuestra voluntad.

En 1870, con una vasta superioridad numérica, sin hablar de las fortificaciones del enemigo ni de sus aliados, el principio de exterminio por una serie de batallas fué la mejor política que se podía adoptar. Ahora, luchando contra fuerzas iguales, apoyadas por fortalezas que no dejan de tener su valor y habiéndose obtenido la primera victoria, que ha redoblado el valor en nuestras tropas, lo mejor que podemos hacer es aguardar al enemigo en una posición central, en vez de ir á estrellarnos contra las plazas fuertes, y dejar que él tome la ofensiva para salir después á su encuentro. Una vez reconocidos por nues-



La gran guerra de 1892. – Escenas en las calles de Rheims. Las tropas alemanas atacando á las turbas francesas que saqueaban la ciudad

tras avanzadas de caballería sus planes de ataque, no debemos esperar á que caigan sobre nosotros.

Fué acertado por parte del enemigo inducir á Rusia á descargar el primer golpe; pero esta ofensiva nos condujo á esgrimir antes el acero contra Francia. Por ahora podemos esperar la decisión de Rusia con relativa seguridad.

Las tropas no permanecen ociosas entretanto Después de un día de reposo y de haberse procedido á la reorganización de los regimientos, incompletos á causa de las pérdidas, que sólo ascienden á un 10 por 100 en el cuerpo de operaciones, volvían á trabajar de nuevo con la mayor tranquilidad, sin pensar siquiera en la proximidad de una batalla.

(A las 11 de la mañana)

Se acaban de recibir noticias de nuestra victoria de Alexandrovo, por lo cual quedarán libres al menos dos cuerpos de ejército para venir á prestar su apoyo en este teatro decisivo de la guerra.

Suippes, 25 *mayo (á las* 10 *de la noche)*

Saldremos mañana, á las cinco de la madrugada, en dirección á Bar-le-Duc, es decir, por el Sudeste.

Altura Le Maurupt, 27 *mayo (á las* 10 *de la noche)*

Otra victoria más decisiva para los alemanes. La censura no me permite decir más.

Campamento de Chalons, 31 *mayo (*10 *mañana)*

Otra victoria, y ahora puedo decirle lo que ha ocurrido, siguiendo el orden de los acontecimientos. Según había supuesto, los franceses intentaron otra vez el movimiento de Bourbaki, poco más ó menos con los mismos resultados. Por lo que hemos podido saber, tres cuerpos de ejército se trasladaron desde la línea de las fortalezas del Norte por París-Lyón, y todo su ejército del Este marchó á nuestro encuentro, apoyando su derecha en la línea de sus obras defensivas del Sur.

Nuestro segundo cuerpo de ejército avanzaba por ambas orillas del Aisne: teóricamente este movimiento era sin duda poco acertado, pero no se podía hacer otra cosa. Las tropas del tercer cuerpo pasaron por el Mosa para formar en su izquierda; y nosotros destacamos tres cuerpos para reforzar la derecha, dejando dos cuerpos de campaña y algunas divisiones de reserva (creo que seis) para tener en jaque al ejército enemigo del Norte, y retirarse lentamente en el caso de que se vieran atacadas con peligro.

Nuestro cuerpo de ejército se reunió el 26, á las cuatro de la mañana, alrededor de Suippes. Se había reconocido detenidamente el país, y guiados por oficiales del estado mayor topográfico, todos los combatientes avanzaron según el antiguo y excelente método napoleónico á campo travieso, marchando solamente por las carreteras los trenes y el cuerpo de artillería. La lluvia había cesado y el viaje fué bastante bueno. Nuestros hombres estaban animados del mejor espíritu y parecían recordar la marcha sobre Sedán; pero salió el sol, y á eso de las cinco de la mañana, cuando habíamos recorrido ya unas veinte millas, comenzaron á manifestarse algunas señales de cansancio. Sin embargo, pronto se percibió el ruido de los cañones enfrente y las tropas se reanimaron.

A eso de las seis y media recibimos la orden de hacer alto para vivaquear, y afortunadamente estábamos cerca de algunos estanques y de un arroyo. Nuestra caballería había tenido esta vez una ligera escaramuza con el enemigo; pero después de rechazar algunas patrullas, se acercó á la infantería francesa, desplegada evidentemente para la acción, pero sin atreverse á intentar nada. A decir verdad, no había razón para ello, pues podían verlo todo perfectamente desde algunas alturas vecinas, y con esto cumplían su deber. De este modo supimos dónde estaba el enemigo, sin que él conociese nuestra posición, y esta era nuestra ventaja.

La lucha comenzó con una correría por las alturas: no teníamos ninguna ventaja particular, y hubo desde luego escaramuzas á lo largo de toda la línea; una gran parte de nuestra artillería no podía funcionar y lo mismo sucedió con la del otro lado. Los alemanes, gracias á la superior disciplina de sus soldados, pudieron sostener la lucha en la línea. Merced á la buena táctica y á la actividad del estado mayor, cuando se necesitaban tropas de refresco llegaban al punto. Por el otro lado, el enemigo, no conociendo bien la manera de batirse la infantería, avanzaba al ataque en una serie de extensas líneas, siguiéndose una á otra con demasiada rapidez, de modo que gastaban su fuerza antes de llegar á la línea de batalla, y entonces el estado mayor no enviaba el apoyo necesario con la debida oportunidad. Pronto fué evidente que estaban sufriendo más pérdidas que nosotros.

Así, de hora en hora, nuestro ataque era cada vez más vivo, y observadas nuestras fuerzas desde cierta distancia, presentaban un curioso espectáculo: dos largas líneas ondulantes, sobre las cuales se cernía una especie de ligera bruma azulada, parecían moverse cada cual á impulsos de una fuerza elástica, y cuando el equilibrio se perturbaba en un punto, una línea retrocedía y otra avanzaba, hasta que el fuego de flanco la obligaba á detenerse un momento.

Por la tarde llegamos á la orilla del camino alto que domina el valle por donde cruza el canal de Rhin-Marne, y entonces pudimos explicarnos la causa de las perturbaciones observadas en el equilibrio de las dos líneas. Los franceses se ocupaban mucho de sus flancos y demasiado poco de su centro; de modo que allí donde dos batallones ó compañías se tocaban, los hombres agrupados ofrecían mejor blanco. Además de esto, el fuego desde el centro aflojaba, y en el momento en que la presión del enemigo cedía, los alemanes se precipitaban hacia adelante para llenar los huecos. Muy pronto, por otra parte, los franceses trataron de enviar sus reservas en columna, pues los soldados no querían ya avanzar en ala, y entonces fué cuando el fuego de carabina hizo estragos. El momento oportuno para descargar el último golpe se acercaba: nuestra artillería, avanzando á cubierto de las colinas, destrozaba la del enemigo en la llanura, pero también debió cuidarse de salvar sus reservas. De improviso vi á un ayudante de campo separarse del general en jefe, que estaba muy cerca, y entonces busqué un terreno quebrado para librarme de la tempestad que preveía.

Veinte minutos después vi avanzar al menos ocho escuadrones al galope; sus batidores gritaban á la infantería que se tendiese en tierra, y los más lo hicieron así; después la caballería, detenida un momento, cayó sobre el enemigo, que sólo distaba unas doscientas varas, pasó sobre él, y prosiguiendo su carrera fué á unirse con las reservas. Nuestra infantería, formando columnas, se precipitó con bayoneta calada en persecución del enemigo, y entonces tuvimos el último cuadro del segundo Waterloo. El canal y el arroyo nos impidieron avanzar; pero destacáronse varias compañías para asegurar el paso, que hubiera sido muy enojoso si las tropas que estaban á nuestra izquierda no se hubiesen apoderado ya de todos los pasos de Revigny.

Acercábase la noche, y la lucha se dió aquí por concluída. Volví á la retaguardia, y allí me dieron de comer, recibiéndome con toda clase de atenciones los oficiales del tercer cuerpo, que acababa de llegar sin haber entrado en acción.

A eso de las cinco de la mañana siguiente, las tropas estaban aún sobre las armas; mas por la noche recibióse noticia de que el ejército francés del Norte avanzaba, y comenzamos á retroceder por el mismo camino recorrido antes. Cuando marchábamos túvose también conocimiento de la victoria de los ingleses en el Mediterráneo y de ciertos rumores sobre perturbación comunista en París. También me dijeron que se habían destacado dos cuerpos del segundo ejército en las cercanías de Sainte Menchould, y que dos más, procedentes de la frontera rusa, llegaban á Pont-á-Mausson. Estas fuerzas, con las cuatro divisiones bávaras de reserva, preparábanse para atacar al ejército francés del Oeste por su flanco derecho. Por la noche llegamos á la línea del gran camino de Chalons-sur-Marne-Sainte Menchould, y á eso de las cuatro de la tarde caímos sobre el flanco de un cuerpo francés que avanzaba desde Epernay hacia el campamento de Chalons. Parte de las fuerzas de Sainte Menchould, marchando por Suippes, se hallaban á nuestra derecha, y juntamente rechazamos á los franceses con algún desorden hasta el terreno montañoso inmediato á Moronvilliers, cortando la línea de Rheims.

El cuerpo que dejamos para vigilar esta última plaza había retrocedido batiéndose el día anterior, y ocupaba el camino de Suippes por Somme puis-Attigny, es decir, hacia el Norte y el Sud.

Al rayar el día avanzamos de nuevo, y muy pronto comenzó una refriega que, dado el terreno montañoso y cubierto de bosque en que nos hallábamos, debía ser mortífera para nosotros. Como antes, el combate se decidió por la persistencia de nuestras tropas, que sufrieron considerables pérdidas, y por la superioridad del estado mayor. En cuanto á combinación táctica, hubo poca ó ninguna en gran escala. La artillería divisionaria y la caballería sufrieron mucho para apoyar á la infantería.

Llegamos al punto culminante de la meseta al cabo de cinco horas de combates sucesivos, en los cuales perdíamos mucha gente; el cansancio y desfallecimiento de nuestras tropas eran tales, que centenares de hombres caían y levantábanse para dar algunos pasos más. A los franceses debió sucederles lo propio, pues encontramos muchos rezagados. A decir verdad, en las últimas horas de la tarde la lucha fué tenaz, y el enemigo se batió con un denuedo que no había mostrado hasta ahora, sin duda porque el terreno, siendo en otras ocasiones favorable para nuestra caballería, no les permitió maniobrar tan bien.

Esta vez los matorrales y las espesuras favorecieron al enemigo para rehacerse cuando le era necesario, y muchos son los casos en que los oficiales superiores de los franceses, siguiendo el ejemplo del mariscal Ney en la retirada de Rusia, defendieron el terreno palmo á palmo.

La batalla se terminó por un golpe decisivo, á seis millas al Norte, en terreno donde nuestras tres armas pudieron maniobrar á una; y á eso de las seis de la tarde la resistencia á nuestro frente cedió al fin. Con esto terminaba la lucha, y las tropas quedaron reposando sobre sus armas, demasiado rendidas para dar un paso más.

Durante la noche, sin embargo, una división de caballería perteneciente al segundo cuerpo de ejército que se había agregado á nuestra retaguardia durante la acción, batió los vivaques de los franceses, cayendo primero sobre la artillería y alguna caballería y diseminando sus monturas, que huyeron en toda la extensión de la línea. Este último golpe convirtió la retirada de los franceses en una derrota. Aquello fué algo parecido á la maniobra de York en Laon, en 1814, pero más completa.

Nuestro cuerpo de ejército estaba demasiado rendido para perseguir á los franceses; pero el que teníamos á la derecha, que había quedado fuera de la línea por nuestro movimiento convergente del día anterior, marchó en seguimiento del enemigo, antes de amanecer, en dirección á Rethel.

AVANCE DEL SEGUNDO Y TERCER EJÉRCITOS SOBRE PARÍS

BOMBARDEO DE RHEIMS

Warmeriville, 6 *junio*

La situación general es la siguiente: en el ala oriental los alemanes hicieron unos 30.000 prisioneros, rechazando los restos del ejército del Este hasta Epinal y Belfort.

Dejando tres cuerpos y las divisiones de la reserva bávara para vigilar dichos puntos, el resto del segundo y tercer ejércitos avanzaron por el valle del Marne sobre París, debiendo llegar hoy su vanguardia á Epernay. Las tropas del ala occidental hicieron retroceder al enemigo por el Norte hasta Laon y la frontera de Bélgica, haciendo 20.000 prisioneros; pero se sabe que 60.000 cuando menos han marchado á París por la línea férrea.

Rheims está cercado; nuestro cuerpo de ejército, que perdió un 25 por 100 en la última acción, se ha quedado de reserva alrededor del pueblo donde escribo la presente. Parte del tren de sitio llegó aquí hoy, y se espera el resto dentro de poco.

SAQUEO EN RHEIMS

Rheims, 14 *junio*

El tren de sitio ha llegado completo en la noche del 10; el 11 se puso en batería, y al día siguiente se rompió el fuego contra los tres fuertes, Brimont, Fresnes y Berru. Lo mismo sucedió aquí que delante de Verdun; á las pocas horas, nuestro fuego convergente desde las posiciones cubiertas destrozó los fuertes, y los cañones del enemigo quedaron sepultados en los restos de sus propios parapetos, excepto algunas piezas que, situadas indirectamente, continuaron haciendo fuego, aunque sin causar daño alguno. Esta circunstancia y la ventaja de la pólvora sin humo se combinaron para favorecer el ataque.

Al amanecer del 12 avanzamos para asaltar una de las posiciones intermedias, y no contra los mismos fuertes, porque éstos, más que otra cosa eran montones de cieno, tan saturados estaban por el óxido carbónico debido á la explosión de nuestras bombas; de modo que ni amigos ni enemigos podían servirse de ellos.

La lucha no dió lugar á incidentes de especial interés; pero en ella se observó hasta qué punto se habían desmoralizado los franceses y cuán devastador era nuestro fuego. Las colinas en que se elevan Berru y Brimont se hallaban en nuestro poder á mediodía y Fresnes quedó cercado poco después. Solamente pudimos hostigar al enemigo que se retiraba con nuestro fuego, pues Rheims estaba protegido aún por

atrincheramientos levantados apresuradamente, que apenas podíamos distinguir bien porque el sol comenzaba á declinar.

Durante la noche se dispuso en batería el tren ligero de sitio en las alturas que se habían tomado, y poco después nuestras avanzadas anunciaron que se oía fuego y tumulto en la ciudad. Pronto se confirmó la noticia, pues á la mañana siguiente, apenas nuestros cañones comenzaron á funcionar, enarbolóse la bandera blanca en la torre de la catedral, y á eso de las diez avanzamos como mediadores, puesto que una turba armada había ocasionado un conflicto durante la noche; después de matar al jefe de la guarnición, comenzaron á saquear á los habitantes, y no habiendo ya disciplina, el segundo comandante cedió á las instancias de aquéllos, consintiendo en rendirse. Se despejaron las calles sin mucha dificultad, porque los revolucionarios huían como liebres, y el buen pueblo de Rheims, recordando la ejemplar conducta de las tropas en 1870, nos recibió como amigos más bien que como enemigos.

MARCHA SOBRE LA CAPITAL

LA REVOLUCIÓN EN PARÍS - SE DECLARA EL ARMISTICIO

Meaux, 21 junio

Después de un día de reposo marchamos hacia Dormans, y desde aquí, por el valle del Marne, seguimos avanzando á través de un país que presenta un paisaje delicioso.

A cada paso recibimos noticias de la perturbación anarquista en París, y creo que el desenlace no se hará esperar mucho, dependiendo todo del tiempo que nuestros ingenieros y las tropas necesiten para restablecer las comunicaciones. No he visto ningún desperfecto que exija más de tres días para repararlo.

Claye, 27 junio

Esta mañana, al amanecer, después de un bombardeo preliminar de veinticuatro horas, se asaltó la posición entre los fuertes de Vanjours y Chelles. El efecto del bombardeo fué lo que había sido delante de Rheims, y dejamos los fuertes intactos. Las guarniciones se habían refugiado en la parte baja, y al principio rehusaron salir; mas al verse completamente cercadas y hallándose en gran peligro por las bombas que reventaban á cada momento, al fin salieron y entregaron las armas, convencidas de que era imposible toda resistencia. La línea entre los dos fuertes se había fortificado con todos los recursos del arte; pero todo fué inútil ante el fuego de los alemanes.

Esta línea dependía de los fuertes para la defensa del flanco, y cuando se apagó el fuego de aquéllos, siguióse la lucha de frente, en la que la inmensa superioridad de nuestra artillería produjo su acostumbrado efecto. Al principio hubo algo que se le asemejaba mucho á una escaramuza. Protegidos por el fuego de nuestros cañones de grueso calibre, mantenido todo el tiempo que fué posible, nuestros guerrilleros trepaban por los obstáculos, disparando contra todo francés que asomaba la cabeza; de modo que los que iban detrás tenían tiempo de cortar los alambres, etc. En algunas partes las obras defensivas no permitían proceder con tanta facilidad; pero éstas perdían su valor cuando se atacaban los flancos, y nuestras tropas dieron principio al asalto. Nos apoderamos de la posición casi á la primera embestida; después siguiéronse largas horas de lucha en el bosque; pero al cerrar la noche, nuestras avanzadas eran dueñas de la línea, Dugny, Le Bourget, Raincy y Neuilly. Muchos de los oficiales habían estado allí antes. Ahora estamos en buena línea para bombardear la ciudad.

Mientras escribo estas líneas comienza á circular el rumor de que han estallado grandes incendios en París, pero me atrevo á asegurar que no pueden ser debidos á nuestras bombas.

Claye, 28 junio

Ha cesado todo el fuego en las avanzadas. Confírmase la noticia de haber llegado un parlamentario con bandera blanca, y considérase como seguro un armisticio.

(Más tarde)

Ahora sabemos positivamente que ha estallado una insurrección en la ciudad; el gobierno ha sido depuesto, y asegúrase que las turbas han asesinado á varios de sus individuos. Seguimos avanzando en dirección á la línea de los antiguos fuertes, que sin duda serán entregados para dejar libres á las guarniciones á fin de que vayan á combatir á la *Commune* y desde ellos tendremos la ciudad á merced nuestra.

(Continuará)



La gran guerra de 1892. – La caballería alemana atacando de noche los vivaques franceses

LAS AFICIONADAS A LA PINTURA

No ha mucho, lector mío, traté de fijar mi atención sobre los aficionados á la pintura y la manera como cumplen lo que ellos creen una verdadera misión. Hoy, siguiendo mi tarea, voy á esbozar para tu solaz algunos tipos, de aficionados también, siquier más inofensivos que aquéllos y dignos de toda clase de miramientos por pertenecer al sexo débil, tan digno de consideración aun en medio de sus extravíos.

Ni por un momento entra en mi ánimo zaherir ni poner en evidencia á la inmensa pléyade de jóvenes que, como mero pasatiempo, dedican algunos momentos robados á otras tareas de índole puramente femenina á aprender algunos rudimentos de dibujo, á copiar alguna estampa con primor digno de un japonés ó á pintarrajear algunas florecillas más ó menos fantásticas. No: esto, á más de ser una crueldad, sería una injusticia de tomo y lomo, pues semejantes distracciones no pasan generalmente los umbrales del hogar doméstico, y nacen, viven y mueren en el medio ambiente que alimenta el cariño de la familia, para mí siempre respetable.

Mi objetivo es otro, y bien lo indica el título de este artículo, pues con decir *aficionadas á la pintura* queda sentado que sólo voy á ocuparme de quien con más ó menos fundamento pretende sentar plaza en las huestes artísticas, ya que no como capitán

benemérito, al menos como soldado distinguido; á quien si la fortuna ayuda no le está cerrado el camino para llegar á los más altos grados de la milicia del Arte bello.

Algunas aunque muy pocas aficionadas, en efecto, alcanzan la realización de su ambicioso ideal; pero en cambio, ¡cuántas no pasan jamás de los primeros peldaños de la empinada y larguísima escala que conduce á la inmortalidad!

Examinemos, pues, algunos tipos de aficionadas á la pintura, que nos darán pie para hacer algunas observaciones pertinentes al objetivo que me he impuesto al emprender este artículo con el fin más didáctico que recreativo.

En primera fila entre las aficionadas merece figurar la pintora *pschut*, y empleo este vocablo bárbaro porque por sí solo indica ya quién es la seudo artista. Nacida en familia aristocrática y acaudalada que le proporcionara medios suficientes para vivir sin preocuparse de las prosaicas tareas en que emplean su tiempo la mayoría de sus congéneres, la aficionada que me ocupa suele desarrollarse en una atmósfera saturada por el incienso con que pródigamente la desvanecen sus allegados y admiradores, mucho más numerosos, si, como acontece alguna vez, la madre Naturaleza dotó á la referida de un rostro seductor ó una gentil presencia. Desde la edad juvenil, la música, el canto, la equitación y la literatura ocuparon sus ocios; pero no bastando todas estas distracciones á su insaciable afán de brillar y distinguirse, quiso la suerte que en un viaje al extranjero topase con un maestro que, ora por interesadas miras, ora porque de buena fe creyera tener ante sí una verdadera artista, la inició en los rudimentos de la pintura que ella se asimiló con la paciencia y docilidad que caracterizan los trabajos femeninos. Un poco de dibujo aprendido por el método Cassagne; algunas cabezas sobadas, lamidas y duras, copiadas de Julien; cuatro estudios de color corregidos y retocados por el maestro, y una copia grandemente repintada por el mismo, dieron pretexto casi siempre á nuestra heroína para ostentar orgullosa el título de discípula de Monsieur X y Z y alas para volar por cuenta propia por el voluminoso cielo del Arte.

Después de decorar lujosamente una soberbia estancia, mezcla de *boudoir* y de estudio, la aficionada de alto bordo comienza á lucir sus habilidades en el género que llama su atención, eligiendo con preferencia los retratos, para los que sirven de modelo con profunda delectación los parientes y los amigos y hasta el bull dog y el angola de la casa. El parecido en este caso es lo de menos, y por otra parte no cuesta tampoco gran cosa el conseguirlo, merced á los aparatos de proyección y ampliación de fotografías; lo esencial es, como dicen los admiradores, la gracia y el brío con que está ejecutada la obra. ¡Qué talento tan inmenso! ¡Qué *chic* tan delicado! ¡Qué inspiración! ¡Qué manos! Y á más de esto, exclama alguno en un arranque de sinceridad: «¡Qué cocinero tan superior el que dispone los *five o' clocks* que se saborean en el estudio las tardes de recepción!»

FAUSTO Y MARGARITA, cuadro de D. Germán Hernández Amores

Por lo general, la dueña de aquel santuario del Arte, como le llama un revistero elegante, contenta con el aplauso del círculo que la rodea, no aspira á las ovaciones públicas; y temerosa, aun cuando no lo confiese, de la suerte que sus cuadritos podrían correr en una Exposición, se limita á embadurnar lienzos para su uso particular, y á lo más envía sus producciones alguna vez á las tómbolas y *kermeses* benéficas, en las que el manto de la caridad lo tapa todo, con tal que esté bien presentado, de lo cual ya se encarga un comerciante de molduras alemanas.

Rara vez la aficionada que he tratado de esbozar se dedica al paisaje; la figura es su fuerte; la tarea de copiar la Naturaleza es en cambio patrimonio de otra clase de *diletanti* que podemos denominar *aficionada modesta*.

Sin pretensiones de subir tan alto como la otra, y mirando con santo horror el estudio del cuerpo humano, comienza su tarea por la copia de esos fementidos cromos alemanes baratos que inundan á Europa de algunos años á esta parte. El profesor, que tampoco suele ser una notabilidad, cifra todo su empeño en que la copia resulte tan exacta que parezca salida de la misma fábrica que el original. ¡Qué gran gloria poder decir la interesada al enseñar alguna de sus obras: «No confundan ustedes; ésta es la que yo he pintado!»

Con tales elementos, el día que la paisajista se cansa de copiar todo cuanto el maestro arroja á su voracidad y se decide á componer algo por cuenta propia, lo que menos piensa es en acudir á la madre Natura, fuente inagotable de belleza. En vez de andar triscando por montes y valles recurre á sus carteras de cromos y á las colecciones litográficas de paisajes; y árbol de aquí, peñasco de allá, casita de acullá, etc., compone un país que por su disposición rivaliza con los primeros que los *trecentistas* idearon para fondo de sus obras, y en cuanto á color y sentimiento del natural corre parejas con los que el célebre Jerónimo Boch inventó para las disparatadas tablas de asuntos fantásticos que pueden estudiarse en los Museos.

Decía cierto profesor de gran fama entre el bello sexo de una capital de provincia, que el paisaje para las señoritas «es cuestión de hacerse con *una manera*, porque ¡cómo han de ir ellas al campo á pasar las mil y una incomodidades que la cosa trae consigo, cuando con una fotografía y un cromo se tiene todo lo que puede necesitarse, el dibujo y el colorido!» No opinaba así el gran paisajista valenciano Juste (desgraciadamente perdido para el Arte en el apogeo de su talento) en ocasión en que una aficionada, tras de lamentarse de que las marinas que embadurnaba no tenían *sabor del natural*, le pedía la forma para pintar las movedizas aguas del Mediterráneo, á lo que respondió el laureado artista: «Todo consiste, señora, en que la piel de su cuello adquiera el color del cuero de Córdoba á puro darle el sol en la playa haciendo estudios.» Esta contestación encierra pintorescamente enunciado todo un sistema de ense-

ñanza, que es la antítesis y la protesta más enérgica de los procedimientos que vienen empleándose, sobre todo en cuanto á la instrucción artística de la mujer se refiere.

Existe otro tipo, en nuestro país no muy abundante, que es la *aficionada de profesión*. Emparentadas con algún artista, la mayor parte de ellas han aspirado desde su niñez el olor de los colores y los barnices, desarrollando sus aptitudes con el trato continuo de las gentes de la profesión.

Los azares de la fortuna suelen colocarlas á lo mejor en la dura necesidad de ganar el sustento; y poco afectas á las labores de su sexo, acuden á los pinceles como tabla de salvación. No atreviéndose, sin embargo, á abordar el grande Arte, en el que no basta la voluntad para vencer, se contentan con la modesta posición de copistas. Unas reproducen las obras clásicas de Rafael, otras se entusiasman con las fastuosas composiciones de Rubens, y la mayoría se decide por Murillo, el eximio pintor sevillano, cuyos cuadros religiosos, tranquilos y dulces tienen gran salida, no sólo entre las personas piadosas, sino también entre los visitantes de nuestros Museos.

Hay que reconocer que la mayoría de estas copistas ejercen su afición con escrupulosidad, y que sus obras, como desprovistas de las impaciencias y arranques del genio varonil, son, en concepto de simples reproducciones, muy superiores á otras debidas á maestros insignes, poco aptos para la copia servil y minuciosa de los cuadros antiguos.

Algunas de estas aficionadas de profesión no se contentan siempre con su modesto papel, y después de un período más ó menos largo de trato con los artistas que frecuentan los Museos, se deciden á perfeccionar sus conocimientos, y he aquí cómo surge una nueva variedad del tipo.

Vedla marchar camino del Museo del Prado ó la Academia de Bellas Artes con la caja en una mano y la sombrilla en la otra, erguido el busto, alta la cabeza, cubierta con artístico sombrero y lanzando una mirada entre desdeñosa y burlona á las demás mujeres de diversas condiciones que se cruzan en su camino y que á su vez la contemplan con una sonrisa sarcástica, diciéndose unas á otras: «Ahí va una pintora,» mientras ella impasible prosigue su camino entornando los ojos para apreciar mejor un efecto de luz ó deteniendo el paso para contemplar un instante el pintoresco grupo que forman unos mendigos, tras de lo cual abre coquetamente su sombrilla y cruza ligera y airosa la abrasada planicie que separa la Carrera de San Jerónimo de las escalinatas del Museo de Pinturas.

En cuanto á sus obras, no hay para qué ocuparnos de ellas: mientras no traspasan el nivel de estudios, bocetos, tanteos y ensayos nada significan fuera del círculo de la familia y los amigos, y sólo burlas y sonrisas malévolas logran de los inteligentes, que las califican de «cosas de mujeres» Si por ventura logran traspasar la línea que encierra las obras anodinas, para colocarse por su propio mérito entre las producciones artísticas dignas de este nombre, entonces la aficionada de profesión deja de serlo *ipso facto*, colocándose por derecho propio entre los artistas verdaderos, con los cuales nada tiene ya que ver mi artículo.

No sería difícil encontrar algunos tipos más de aficionadas femeninas que describir si mi objeto fuera sólo



FRANCISCO TAMAGNO, primer tenor del Gran Teatro del Liceo, de Barcelona, durante la presente temporada

EL HAMBRE EN RUSIA.—DISTRIBUCIÓN DE SOPA EN EL CONVENTO DE ALEJANDRO NEVSKI EN SAN PETERSBURGO



DESPUÉS DE LA BATALLA (episodio de la guerra ruso-turca de 1877-1878), celebrado cuadro de Wereschagin



RECUERDOS DE MI NIÑEZ, cuadro de Adalberto de Kossak

dibujar figuras del natural; pero para ello tendría que internarme á mi pesar en el terreno de lo grotesco, y no entra tal idea en mis propósitos.

Con lo dicho basta para deducir la consecuencia de que el atraso que en materias artísticas se nota en el bello sexo de nuestro país, se debe, no á que la mujer, como pretende algún autor, carezca de facultades para el cultivo del Arte, sino á que siendo éste difícil para todos, lo es más para el elemento femenino, que si por la organización y preocupaciones sociales encuentra dificultad suma para hacer estudios verdaderamente serios, en cambio atrae sobre sus obras el desdén más injusto ó la adulación más exagerada, hijos de una conmiseración inexplicable, merced á lo que la infeliz pintora no puede aquilatar jamás el verdadero mérito de sus obras, obcecándose en errores que oye celebrar á cada paso.

Antiguas tradiciones vedan á la mujer española el estudio de la figura en los modelos vivos, que tiene que sustituir con láminas, vaciados, fotografías, etc., que jamás podrán reemplazar al natural, sin el que no conozco artista digno de tal nombre que haya llegado á dibujar nada serio ni concienzudo. Copiando el plano y el yeso se podrá llegar á hacer un bonito dibujo para un álbum, un abanico ó una tarjeta de felicitación; pero *plantar* figuras en una composición, modelando los cuerpos y dando expresión á la fisonomía, haciendo en una palabra un verdadero cuadro, eso no puede ni podrá nunca lograrse así, y sólo el que no conozca el Arte técnicamente podrá negarlo.

Una cosa semejante he afirmado anteriormente con respecto al paisaje: por tanto, el remedio es bien sencillo, y ya lo indicó también Miguel Angel al contestar á cierto artista que se quejaba de no poder ir á estudiar á Roma: «En todas partes hay hombres y campiñas, y eso basta.»

Ahora bien; sentados estos principios, ¿deberá la mujer despojarse de rancios escrúpulos, y atenta sólo al objetivo artístico olvidar los recelos del pudor, estudiando la figura humana hasta conocerla con la minuciosidad con que lo hacen los artistas del sexo fuerte?

Ardua es la cuestión para ser resuelta *simpliciter* y de plano, por los muchos puntos de vista que ofrece; pero aun á riesgo de pasar por audaz, me atreveré, refiriéndome sólo al aspecto técnico, á indicar que si la mujer no se propone en el estudio del Arte más que un mero pasatiempo le basta y sobra con lo que hasta aquí se ha venido haciendo y que no hay razón para que salga dè la casta atmósfera del hogar doméstico; pero que si sus propósitos son más atrevidos, si quiere ser una verdadera artista, entonces deberá hacer todo, todo cuanto sea necesario para lograr sus fines; que no de otra suerte procedieron las que han logrado dejar un recuerdo ilustre en la historia del Arte, y los nombres de infinidad de pintoras españolas, famosas en los anales patrios, prueban hasta la evidencia que el Supremo Hacedor no ha negado á las mujeres de nuestra nación el genio que hizo célebres en extrañas tierras á Artemisa, Gentileschi, Mad. Lebrun, H. Broun, Rosa Bonheur, Mad. Lacroix y otras tantas de imperecedera memoria.

A. DANVILA JALDERO
C. de la R. A. de San Fernando

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Acerca de la Exposición internacional de Música y Teatro que próximamente ha de celebrarse en Viena, encontramos las siguientes interesantes noticias: la Sociedad Filarmónica de Budapest dará algunos conciertos en la segunda quincena de mayo; Rubinstein y Saint Saens han prometido dirigir un concierto cada uno, y el Comité imperial alemán tiene preparada una serie de espectáculos para dar á conocer la historia de las bandas de música militares desde 1700, para lo cual se han constituido varias comisiones encargadas de recoger estampas, notas antiguas, libros y toda clase de datos curiosos que puedan servir al mejor desarrollo del original proyecto.

El teatro ocupará una superficie de 2.000 metros cuadrados, y podrá contener 1.600 personas y reunirá todas las condiciones de seguridad y comodidad apetecibles, que harán de él un teatro modelo. Las representaciones internacionales, que constituirán una verdadera historia teatral, comenzarán por las de la compañía Burgtheater, de Viena, á las que seguirán las del teatro Popular Alemán, de Viena; las del teatro Alemán, dirigida por L'Arronge; las de los teatros Tomás y Adolfo Ernesto y una expresamente organizada por Manuel Reicher para representar obras realistas, de Berlín; las del teatro Francés, de París, y otra de la que formará parte Mlle. Rejane; las de Leonor Duse y otras muchas. El comité polaco se propone dar dos representaciones dramáticas y dos de ópera con la Sembrich, los hermanos Resské y Mierzwinski; el gobierno croata dará tres representaciones de obras croatas por artistas de su teatro regional; bajo la dirección de Schubert, director de la Opera bohemia, se ejecutarán obras de Smetana y Dworak y quizás la ópera *Eugenio Onegin*, de Tschaikowsky. No faltarán tampoco representaciones en dialectos. El teatro de Varsovia pondrá en escena un grandioso baile.

Se preparan también representaciones históricas de operetas y pantomimas y se proyecta una representación japonesa.

El Palacio de conciertos será capaz para 2.000 personas y en él se darán conciertos de música clásica y popular de todas las naciones, algunos de ellos monstruos con 400 cantores y 200 músicos, que se inaugurarán con uno consagrado al canto cristiano. El número de estos conciertos será de 57, de ellos 45 populares y 7 históricos en el gran Palacio y 5 históricos en otro salón de música instalado en la Rotonda.

Barcelona, por su parte, concurrirá también á la Exposición, pues el Excmo. Ayuntamiento ha votado la cantidad de 5 000 pesetas para subvenir á los gastos que origine la concurrencia de expositores al certamen. Gracias á las activas gestiones del Sr. Sampere y Miquel, nuestra ciudad estará representada por el envío de interesantes curiosidades referentes al teatro y espectáculos públicos, que remitirán el maestro Sr. Pedrell, los pintores escenógrafos Sres. Soler y Rovirosa, Chía, Pascó, Carreras, Vilumara, Urgellés y otros y los artistas Sres. Labarta y Pellicer. También se enviarán escogidas colecciones de figurines y retratos de artistas de nuestros mejores fotógrafos.

Teatros. – En el Palais Royal, de París, se ha estrenado una comedia en tres actos, *Los maridos de la divorciada*: el pensamiento de los autores de esta obra, MM. Hipólito Raymond y Julio de Gastyne, no es otro que presentar las ridículas y desagradables situaciones á que está expuesto el segundo marido de una divorciada cuyo primer marido vive todavía. Como se comprenderá, dado lo gastado del tema, la comedia adolece de poca originalidad.

– El teatro de la Opera de Berlín, que conmemoró hace poco el centenario de la muerte de Mozart con la representación de todas las óperas del gran maestro, está disponiendo la de todas las de Meyerbeer y Wagner.

En el propio teatro se estrenará en breve la ópera *Boabdil*, de Moszkowski.

– En el teatro de la Corte, de Munich, se ha estrenado una ópera en un acto titulada *Gringoire*; la letra, del escritor vienés Víctor León, está tomada de la comedia del mismo nombre de Teodoro de Banville; la música, de Ignacio Brull, abunda en bellas melodías con tendencia al estilo popular sin caer en lo trivial. El éxito ha sido completo.

– Otra ópera en un acto, *Juan el Perezoso*, se ha representado por vez primera con gran aplauso en el teatro de la Corte, de Karlsruhe: el autor de la música, Alejandro Ritter, ha dado con ella pruebas de gran inspiración, realzada por una instrumentación eminentemente wagneriana.

Madrid: Dos producciones de D. José Echegaray se han estrenado en Madrid: en el teatro Español un drama titulado *El hijo de D. Juan*, y en el de la Comedia, la comedia *Sic vos non vobis ó La última limosna*. El primero está tomado de la obra de Ibsen, generalmente conocida con el nombre de *Los aparecidos*, y el tema en que se inspira es el de la fatalidad de la herencia; la segunda es en su argumento y en su acción de sencillez extremada, casi rayana en inocencia, es decir, todo lo contrario de lo que suelen ser las obras del autor de *O locura ó santidad*. Aunque uno y otra contienen algunas bellezas, especialmente de estilo, y aunque fueron recibidos con aplauso, el éxito fué inferior al que ha obtenido la casi totalidad de las creaciones del gran dramaturgo.

Barcelona: El Gran Teatro del Liceo ha comenzado la temporada de primavera con la ópera de Verdi *Otello*, en la que han obtenido muchos aplausos la señora Tetrazzini y los señores Tamagno y Blanchart. – En el teatro de Novedades se ha estrenado un melodrama en tres actos y ocho cuadros, de D. M. Martínez Barrionuevo, titulado *Caín*. El autor, que goza de merecida reputación como novelista, ha probado con esta obra, que es su primera producción dramática y cuyo argumento se basa en el de su novela *Juanela*, poseer envidiables condiciones para la literatura del teatro. *Caín* es una obra notable en su género: tiene interés, abunda en situaciones de gran efecto dramático y está muy bien escrita. El éxito fué grande y franco, participando de él el Sr. Soler y Rovirosa por la preciosa decoración final, cuyas bellezas exceden á toda ponderación.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Aloys Fellmann, pintor de género, suizo: hizo sus estudios en Alemania y á los diez y ocho años pintó su primer cuadro de grandes dimensiones *Los últimos honores del entierro en el cantón de Lucerna*, que le colocó entre los artistas de primera fila en la escuela de Dusseldorf: su principal obra es *Una profesión religiosa*, que publicó esta ILUSTRACIÓN en su número 461 y que fué adquirida para la Galería de Dresde.

Guillermo Leopolski, famoso pintor polaco de la escuela de sus compatriotas Matejki y Grabowski.

Félix Brzoswski, notable paisajista ruso.

Armando de Fleury, catedrático de Terapéutica de la facultad de Medicina de Burdeos, autor de muchas obras de medicina.

Constantino de Alvensleben, general prusiano que durante la guerra de 1870-1871 mandó el tercer cuerpo de ejército que tan brillante participación tuvo en aquella campaña.

Guillermo, conde de Brandenburgo, general de caballería alemán, que mandó la primera división de caballería de la Guardia y fué luego comandante general del cuerpo de este nombre.

Aníbal de Gasparis, astrónomo italiano, director del Observatorio de Capodimonte y senador: á él se deben importantes descubrimientos astronómicos, entre ellos el de nueve planetas, y deja escritas muchas é importantes memorias sobre astronomía y análisis.

D. José Teixidó, notable paisajista y retratista catalán, de quien puede decirse que fué uno de los más distinguidos campeones del renacimiento artístico en Cataluña.

NUESTROS GRABADOS

Expendedor de naranjas en Sevilla, cuadro de D. José García Ramos. – Otra vez nos complacemos en reproducir obras del distinguido pintor sevillano D. José García Ramos, que, como las primeras que copiamos, son dignas de llamar la atención de los inteligentes. El cuadro que hoy publicamos, que figura en una de las más notables galerías particulares de Londres, revela las excelentes cualidades y la especial aptitud que para el arte posee este pintor, á quien lo porvenir reserva, como justa recompensa á su aplicación y laboriosidad, gloria y provecho.

Bella es la composición y de carácter genuinamente andaluz. En ella, aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvase la brillantez siempre agradable que ofrece aquel rincón de la patria española, que á los encantos de la naturaleza, pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza y las tradiciones de sus alcázares. García Ramos, saturado de ese ambiente especial, que constituye el encanto de su país, arranca de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede concebir quien, como él, cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el lugar en donde halla asuntos que trasladar al lienzo.

Fausto y Margarita, cuadro de D. Germán Hernández Amores. – No es Germán Hernández Amores un artista novel. Su reputación artística ha tiempo se halla cimentada, considerándosele como un verdadero maestro en el arte pictórico.

Difícil sería enumerar las obras que ha producido, aun aquellas que han sido objeto de recompensa en los concursos y exposiciones, tal es su número y tal la laboriosidad de este artista, tan distinguido y respetable. *La madre de los Gracos, El cántaro roto, La inocencia perdida, La desesperación de Judas*, etc., son los títulos de otras tantas producciones que aún con gusto recuerdan los aficionados y guardan con interés sus poseedores.

Fausto y Margarita, propiedad del Sr. marqués de Portugalete, es uno de los lienzos en que Hernández Amores ha sabido dar muestras de sus envidiables cualidades artísticas.

Francisco Tamagno. – Desde que debutó en el teatro Bellini, de Palermo, la carrera de este eminente tenor ha sido una serie no interrumpida de triunfos: en el Fenice de Venecia, en la Scala de Milán, en el Liceo de Barcelona, en el Real de Madrid, en el Constanzi de Roma, en el de San Carlos de Lisboa, en Montevideo, en Buenos Aires, en Río Janeiro, en todas partes la aparición de Tamagno ha sido saludada con entusiasmo. Su voz potente no tiene hoy en día rival en el mundo del arte y la mejor consagración de su valía se la dió Verdi cuando en 1887 lo eligió para estrenar el papel de protagonista de la ópera *Otello*, ópera que tanto dió que hablar antes de su estreno y que en pocos años ha dado la vuelta á los principales teatros del mundo.

Hoy Tamagno vuelve á encontrarse entre nosotros, y el público barcelonés, que siempre le trató como á cantante predilecto, añade un nuevo lauro á los muchos que este tenor se ha conquistado cantando la que hoy es su ópera favorita, cuyas bellezas adquieren mayor realce vertidas por quien, como él, pudo estudiarlas y admirarlas bajo la dirección del mismo autor que con inagotable inspiración las vertiera en la sublime creación del poeta inglés.

El hambre en Rusia. Distribución de sopa en el convento de Alejandro Nevsky, en San Petersburgo. – Conocidos son los horrores causados en Rusia por el hambre durante el pasado invierno: la caridad allí como en todas partes ha tratado de aliviar tanta miseria, contándose entre las principales instituciones que en auxilio del menesteroso han acudido los conventos, sobre todo el de Alejandro Nevsky, uno de los más importantes de la capital, donde diariamente se ha repartido la sopa á centenares de pobres. Nuestro grabado representa el refertorio del monasterio en el acto de la distribución, durante la cual un sacerdote ortodoxo lee algunos pasajes de sus libros sagrados, dando con ello alimento al alma, que algunas veces se halla tanto ó más necesitada de él que el mismo cuerpo.

Después de la batalla. Episodio de la guerra ruso-turca, celebrado cuadro de Wereschagin. – Los turcos han rechazado el ataque que los rusos intentaran contra el reducto de Telich, y dueños del campo han asesinado sin piedad á los heridos y mutilado á los muertos que allí dejara el enemigo, apoderándose de sus ropas y efectos. Un soldado turco se ha vestido en tanto con el uniforme de un oficial ruso y sus compañeros le saludan con irónicas muestras de respeto conforme á su alto rango corresponde. Tal es el asunto del cuadro del famoso artista ruso, cuya fama como pintor de batallas especialmente ha llegado á ser universal. Wereschagin se ha mostrado en este género esencialmente realista: sus batallas no pueden confundirse con otras que más que reproducción de combates parecen serlo de revistas militares; hay en ellas todos los horrores de la realidad y el modo de presentarlos justifica el dicho del emperador Alejandro cuando en presencia de varios de sus cuadros tomados de la guerra de 1877 exclamó: «Este hombre es un revolucionario.»

Recuerdos de mi niñez, cuadro de Adalberto de Kossak. – El autor de este cuadro es reputado como uno de los primeros pintores polacos, y la obra que de él reproducimos justifica plenamente la fama de que goza. ¡Qué escena tan dramática, cuánta pasión respira toda ella! Aquella carga de cosacos atropellando á gentes indefensas, cuyo único delito consiste en ser hijos de una nación que se revuelve contra la tiranía de la dominación extranjera cuyo yugo quiere sacudir, está llena de vida y de movimiento. Los tiempos de aquellas revoluciones durante las cuales fueron poco menos que asesinados á mansalva los héroes de Polonia han pasado felizmente; pero sus horrores aparecen con toda la fuerza de la realidad en el cuadro de Kossak, obra magistral, así por la idea en que se inspira como por la maravillosa ejecución con que el pensamiento ha sido trasladado al lienzo.

Esperando al cura, escultura de D. Tomás Cardona (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – El nombre de Tomás Cardona viene á engrosar la lista de los artistas tortosinos, algunos de los cuales, como Agustín Querol, tanto significan ya para el arte patrio. Menos afortunado Cardona que su paisano el pintor Marqués, no ha podido levantar el vuelo; mas á pesar de ello, ha sabido hallar medios y ocasión, aun en los estrechos límites de la localidad, para dar á conocer sus aptitudes, ya remitiendo obras discretamente modeladas y concebidas á las exposiciones y concursos, ó bien inclinando á sus paisanos al estudio del arte y despertando en ellos afición á las producciones artísticas.

Esperando al cura es una bonita escultura que figuró en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona; y si bien en ella no se observan tal vez, dada la nimiedad del asunto, esos rasgos verdaderamente geniales que distinguen las obras de nuestros primeros escultores, preciso es convenir que está discretamente ejecutada y que revela las recomendables cualidades que posee su autor.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

En aquel instante oyóse un discreto golpe en la puerta; Miguel llevaba el almuerzo y depositóle sobre un velador: te con leche para Marcos, huevos y jamón para el coronel. El criado dejó también el correo en un lado de la bandeja. Tigiale, excitado el apetito, bostezaba al sol, dejando ver entre dos colmillos de marfil su lengua sonrosada como la lonja de jamón que su amo acababa de ponerse en el plato, y de la que recibió la parte grasa bajo la forma de una cinta blanca, que tragó al momento.

– He aquí una carta de Jumiege, dijo Marcos; se dispone á inaugurar la estación de caza en las tierras de los Devarenne; nos veremos allí.

Mr. Devarenne, del que se hablaba á menudo, industrial millonario, poseía un bosque, estanques é inmensos cotos. Había sido recibido con su esposa y su hija en Luzerme, donde permanecieron quince días antes de la llegada del Sr. de Francœur.

Marcos volvió á doblar la carta, y añadió con indiferencia, como si lo que iba á decir tuviera alguna relación con sus anteriores palabras:

– Será preciso que vaya á preguntar cómo sigue la señora de Cyou.

Era la tía de quien debía heredar el barón de Brettes, y al lado de la cual había dejado á su mujer por economía y precaución, pues considerábase como principal legatario de aquella señora, anciana ya y valetudinaria. Esta hacía algunos días que se encontraba muy mal; pero el barón había visto en su enfermedad tantas alternativas, que no creyó necesario apresurar por esto su regreso, limitándose á enterarse de su estado por los telegramas que de él le daban cuenta. Como era natural, no le había sido posible á la baronesa ausentarse de Jozeu, y Marcos, que no pudo dispensarse de ir á preguntar dos veces por la enferma, no vió á Clara sino algunos instantes en visita y delante de testigos.

El Sr. Jugaud llevaba los partes sobre la salud de la enferma, haciendo de mensajero entre los dos castillos; pero en los tres últimos días no se le volvió á ver, porque una luxación le obligaba á permanecer en su casa.

– Deberías acompañarme, dijo Marcos al coronel; pasearíamos un poco á caballo.

– ¿Se puede entrar?, preguntó una voz detrás de la puerta.



Marcos pintaba tranquilamente

IV

Era Lilia, con peinador de seda de color de rosa, el cabello retorcido tal como lo arreglara al saltar del lecho, y radiante como la mañana del más hermoso día.

– ¡Buenos días!, dijo.

Y ofreciendo la mano á su cuñado, inclinóse después sobre su esposo, y le besó en la frente, tan contenta y rejuvenecida, con su vestido claro y flotante, que se la hubiera tomado por otra mujer. Marcos la atrajo hacia sí, pasando un brazo por su cintura; y el Sr. de Francœur sonreía dichoso al verlos, porque era una verdadera reconciliación, uno de esos nuevos cariños que nacen en la secreta intimidad de la vida conyugal, en que las mujeres tendrían tanto poder si supiesen explotar la fuerza de la costumbre y ese remozamiento que la mujer experimenta, como una flor que se abre, al comprender que es amada.

– Creo, dijo Lilia, que mi padre quiere hablarte, pues ha recibido una carta de su abogado.

Al oir que se tuteaban, lo cual no hacían sino cuando estaban solos, el Sr. de Francœur se conmovió; y con esa ligera cortedad que infunde á todo testigo célibe la intimidad de dos enamorados, envidiábalos de todo corazón.

– ¿Se trata de entablar algún pleito?, preguntó Marcos.

Mediaban ciertas diferencias sobre cuestión de terreno con un vecino enredador; y Marcos, encargado de este asunto de su suegro, era el que se entendía directamente con los abogados y demás curiales.

– En efecto, dijo Lilia, paréceme que se trata de pleitear; pero mi padre te lo explicará.

– Está bien. ¿Quieres te?

– Un poco en tu taza.

Y Lilia puso en ésta cuatro terrones de azúcar, lo cual hizo reir á los dos hermanos. Era golosa como una gatita, tanto como coqueta, pero no sin encanto.

– ¿Hay que ir á misa mayor?, preguntó Marcos levantándose.

– ¡Vaya! No faltaba más.

– Pues bien: no te entretengas mucho, repuso Marcos pensando que necesitaba horas enteras para vestirse y arreglarse.

– ¡Sed juiciosos y no toquéis á los colores!, añadió al salir.

Lilia había bebido ya su jarabe de te; y fijando una mirada en el retrato que estaba en el caballete, hizo una mueca.

– ¿No es verdad que Marcos tiene mucho talento?, preguntó á su cuñado. En un principio no me agradaban mucho esos modelos: los hombres, pase; pero en cuanto á las mujeres... Yo estaba siempre aquí, con mi labor y, no sé cómo decirlo; mas me repugnaba un poco esa carne pintada. ¡Pero en fin, bueno es que Marcos se ocupe en algo!

El Sr. de Francœur, que miraba á Lilia, se encogió de hombros: había lamentado, sin comprenderla, la ociosidad un poco enojosa de Marcos desde que á consecuencia de una cuestión con su embajador en Londres, había renunciado á la diplomacia poco después de su casamiento. Entonces le seducía la política; pero una derrota que sufrió al presentarse candidato á diputado indújole á renunciar por completo á toda carrera. Entonces, sin ambición ya, fué á vivir perezosamente en la Martinica, en las grandes posesiones de los Fabvier, donde pasaba el tiempo pescando, cazando, montando á caballo ó distrayéndose con la música, pues también se aficionó á ésta antes de consagrarse á la pintura.

Lilia daba vueltas en el taller con inquieta curiosidad, revolvía los lienzos, entreabría los cartones; y el coronel, cómplice involuntario de ello, la juzgaba un poco indiscreta.

– ¡Quisiera saber!... dijo Lilia, mordiéndose los labios.

Pero de repente brillaron sus ojos, como si hubieran descubierto alguna cosa, y Lilia, levantando en alto un lienzo, enseñóselo desde lejos al coronel, que al acercarse reconoció el bosquejo del retrato de la baronesa de Brettes.

– Vamos, con franqueza, ¿te parece hermosa?, preguntó Lilia con una indignación que habría resultado cómica á no ser tan sincera. ¡Ah, los hombres! Si yo no quisiera tanto á Marcos, le restregaría las narices con este feo retrato. ¡Perversa mujer!

Así diciendo, Lilia volvió á poner el cuadro apresuradamente en su sitio, detrás de los otros, temerosa de que la riñesen; mientras el coronel sonreía paternalmente, al observar su expresión, á la vez atrevida y confusa.

– Voy á comunicarte en confianza una cosa, continuó Lilia, aunque no debería confesarla, y es que aunque la anciana tía enfermase más, yo no lo sentiría gran cosa, porque entonces el barón regresaría y

vigilaría á su esposa. Mientras esta mujer permanezca en el país, no me creeré segura.

—Sin embargo, añadió más razonablemente, Marcos tiene razón. Conviene ir hoy á Jozeu; pero yo también le acompañaré á fin de estar más segura. Ivelina y yo iremos en el tílburi y vosotros á caballo, como te decía hace un rato Marcos.

—¡Hola!, exclamó el coronel con asombro, ¿cómo sabes eso?

Lilia se sonrojó, y algo confusa comenzó á reir.

—¡No se lo digas á nadie!, contestó. ¡Escuchaba detrás de la puerta!

—¡Oh!...

Lilia movió los brazos en ademán de excusa. ¡Sí, era muy feo; lo sabía! El coronel, aunque un poco admirado, porque en él era profundo el sentimiento de la dignidad, no manifestó enfado contra Lilia, y hasta le pareció ésta encantadora cuando, al recoger su peinador con gracioso ademán, se eclipsó ligera, diciéndole alegremente:

—¡Hasta ahora; voy á hermosearme para ir á la casa de Dios!

V

«Y por cierto que si Dios no está contento, es que es difícil de contentar,» pensaba M. de Francœur dos horas después en la pequeña iglesia de Luzerme, donde ocupaba entre Fabvier y Marcos un puesto en la primera fila de los hombres: no solamente estaba Lilia hermosa, sino que Ivelina, junto á ella, ofrecía un delicioso contraste.

Al lado de las blancas figuras de su tía y de la señora de Fabvier sobre todo, Ivelina tenía el esplendor de la aurora, y el coronel no veía á nadie más que á ella y no pensaba ni sentía sino por ella. ¡Sensación extraña!: estaba como un hombre que durante su sueño se cree arrebatado sobre el agua; una ola levantaba su corazón, y parecíale ser juguete de sus ilusiones. Nada existía de aquel espejismo que le rodeaba y que iba á desvanecerse al despertar. Después, la conciencia de su identidad y la realidad de las cosas producíanle un asombro misterioso.

«¡Sí, pensaba, soy yo, estoy vivo; y también ella existe, la veo, podría tocarla y asegurarme de su presencia si quisiera!»

Aquello le turbaba como un misterio; renunciaba entonces á discurrir; estaba poseído de contento, y comprendía que la joven era la causa de su regocijo. Ivelina lo era todo en todas partes: su modestia prestaba encanto á aquella iglesia pobre y humilde; los vidrios, toscamente pintados, impregnábanse de su candor; un poco de su nobleza innata reflejábase en la dignidad augusta del servicio divino, y el anciano sacerdote agradó más al Sr. de Francœur porque oficiaba para *ella*. Ivelina rezaba con expresión de candor; al coronel le pareció exquisita la gracia con que cogía su devocionario, y cuando se arrodillaba, dejando ver en la nuca sus mechones de cabello rebelde, sentíase conmovido. Su persona tenía algo de indecible é inspiraba un dulce respeto: asemejábase á la Virgen madre, casta en su maternidad divina.

En aquella adoración del coronel no se mezclaba ninguna impureza de pensamiento. Conocía las miserias y las crudezas del amor militar y los horrores del hospital, pero rozábanle sin mancharle. No consideraba por esto como un ángel á Ivelina; pero soñábala virgen, esposa y madre, igualmente pura en estas tres encarnaciones, porque profesaba respeto á las leyes de la naturaleza, y no podía creer que nada de lo que existe por una voluntad superior y desconocida puede ser bajo ó solamente impuro. Por otra parte, todo se fundía en él en la admiración de la belleza, y agradecía que la joven fuese hermosa, porque confirmaba con esto mismo que era buena y justa, no pudiendo mentir tanta pureza de alma.

Por eso parecíanle igualmente bien las sonoras voces de los chantres, las genuflexiones de dos monaguillos, los ritos sagrados é ingenuos y la bendición del pan. No comió su parte del dorado panecillo, y reservóla para Juanita, que también estaba allí en su reclinatorio, afectando una expresión grave y formal. Al acercarse con su limosnero una señorita del pueblo, cuyos guantes de hilo cubrían mal sus manos coloradas, depositó en el fondo sin ruido una moneda de oro, y la joven aldeana se turbó tanto, que se le olvidó hacer la reverencia en acción de gracias. ¡Sí, todo era bueno y hermoso, y parecíale una dulzura vivir en tan brillante domingo!

Ni aun el recuerdo de su madre difunta bastó para nublar su felicidad, y solamente le enterneció, porque recordaba las grandes misas de la catedral, á la cual acompañaba á la anciana condesa, vistiendo el uniforme de gala. El recuerdo de la señora de Francœur le fué dulce, benévolo y propicio, y no temió ofrecerse abiertamente al amor de los seres y á la simpatía de las cosas. Las campesinas, con sus talles rectos y su aspecto primitivo, dejaron un instante de parecerle extrañas; los aldeanos, curtidos y velludos, inspiráronle interés, y no juzgó feas las cofias blancas y los vestidos negros ni tampoco las blusas azules con bordados de hilo. Disfrutó del sermón del cura, y oyó con gusto las simples frases que ensalzaban el rudo trabajo, el cariño de los esposos; y cuando el sacerdote concluyó diciendo: *Amaos los unos á los otros*, el Sr. de Francœur contestó para sí: *¡Amen!*

VI

Terminada la misa, comenzaron á salir en medio de los saludos, bajo las miradas de los campesinos



Ivelina le sonreía

agrupados. Ivelina, que iba delante del coronel, tomó agua bendita de la pila de mármol, y como le viese al volver la cabeza, humedeció también sus dedos. El Sr. de Francœur se inclinó, haciendo al mismo tiempo que ella la señal de la cruz.

Aquel pacto frágil, como los que crean todo cambio de impresiones ó toda comunión de ideas, los aproximó. Ivelina le sonreía; y bajo la influencia del baño de sol que los inundaba, la joven se sonrojó, y un rayo de luz, atravesando la copa de paja de su sombrero adornado de flores, fué á posarse sobre sus lindos ojos.

—¡Qué día tan hermoso!, exclamó Ivelina.

Los gorriones cruzaban el camino saltando; en los tejados parduscos de las casas del pueblo verdeaba el aterciopelado musgo; el rastrojo viejo se cubría de tallos verdes y de finas gramíneas; encontrábanse niños rubios y mofletudos con cabezas de ángeles rústicos; algunos ancianos, sentados á las puertas de sus casas, miraban con ojos vagos la luz del día, y varios mozos vestidos de negro entraban en la taberna empujándose. Una mujer sacaba agua de un pozo.

—¡Sí, contestó el coronel, hermosísimo!

Y el sonido de su voz le extrañó, como cuando se echa de ver que se acaba de hablar alto en un sueño.

La timidez que experimentaba siempre cerca de Ivelina le hizo torpe; pues en su delicadeza, algo tosca, no supo de qué hablarle, temiendo turbarse y turbarla á ella si revelaba involuntariamente cuáles eran sus pensamientos. Lejos de Ivelina, por el contrario, sentía más familiaridad, y vivía más tranquilo con su recuerdo; de cerca, la joven le imponía gravedad por su reserva. Por eso Ivelina, comprendiendo con ese seguro instinto de la mujer cierta cortedad en él, participaba también de ella, aunque sin la menor inquietud, porque sabía que era bueno y delicado, y sentía además hacia él una verdadera simpatía.

—No veo á los Sres. de Fabvier, dijo el coronel.

—Han ido á visitar á los pobres, contestó Ivelina; esa es su costumbre.

Habían salido ya del pueblo y andaban entre los campos; Lilia y la señora de Kerjuzan detrás, Marcos delante con Juanita, y ellos dos uno junto á otro, poseídos de ese sentimiento de soledad y de vacío que comunican el espacio inmenso y los lejanos bosques. El río serpenteaba como una culebra verde en medio de la pradera, y hacía tanto calor, que el alma experimentaba cierta languidez.

—¿No andamos demasiado aprisa?, preguntó el coronel.

Ivelina hizo una señal negativa, añadiendo después:

—¡Qué feliz es Juana con su padre!

Y miraba á la niña saltar y á Marcos jugar con ella.

—¡Es tan joven como su hija!, murmuró. ¡Esa Juanita es deliciosa! ¿Cómo no había de adorarla?

—Todos los niños son encantadores, repuso Ivelina. Teníamos en el Cercado de los Mangues (era su propiedad de la Martinica) muchos niños de todos colores, blancos, mulatos y negros, y no sé cuáles eran más graciosos.

—Los chicos son más alborotadores que las niñas, dijo el coronel, siguiendo su idea.

—¡Oh!, repuso Ivelina, un muchacho es mucho más vivo, y me parece que una madre debe amar más á un niño que á una niña.

—¡Ah! ¿Por qué?

—Pues... no sé.

Y al reflexionar sobre sus palabras, Ivelina se sonrojó y cambió de conversación. Oíase reir detrás á Lilia y á la señora de Kerjuzan.

—¡Qué alegre está mi madrina!, dijo la joven. Ha recobrado ya todo su buen aspecto.

—Pero no estaba enferma, al menos que yo sepa...

—No, pero sí un poco triste antes de llegar usted.

—¿De veras?, preguntó el coronel.

Y vió á Ivelina sonrojarse de nuevo, porque hablaba con mucho candor y sin reflexionar. Esta franca ingenuidad, seguida de arranques de pudor, le pareció deliciosa.

—Me parece haber oído decir á su señora tía cuando íbamos á misa que el primo de usted, Ivón, estaba á punto de llegar.

—Sí, del sábado en quince días, según creo.

—Tienen ustedes el mismo nombre, y por lo tanto son ustedes dos veces primos hermanos. ¿Se parece ese joven á usted?

—¡Oh, no! Ivón es pequeño, rubio y nada tiene de criollo. Mi tío (tal era el nombre que acostumbraba dar al Sr. de Fabvier) tenía costumbre de llamarle el pequeño Bretón.

—Creo que quiere ser marino, como su padre y su tío. Es una noble carrera, pero se vive solitario y lejos de todo. La esposa de un marino debe sufrir mucho.

Ivelina fijó en el coronel su mirada pura.

—Sí, contestó, por el peligro.

—Y por la ausencia, señorita.

—Queda siempre el consuelo de pensar el uno en el otro, contestó la joven con dulzura y algo pensativa.

—Entonces no tendría usted repugnancia en casarse con un marino. ¿No es así?

—No lo sé, me parece que no, replicó Ivelina. Si me dieran á elegir, creo que también me agradaría ser esposa de un militar, porque no es necesario separarse. ¡Oh, la caballería; por ejemplo, los coraceros de usted, son magníficos! Asistí en París á la revista del 14 de julio, y el espectáculo era soberbio.

El coronel se irguió con marcada satisfacción. ¡Qué bien había dicho Ivelina estas palabras, y qué poco le importaba ahora el pequeño Kerjuzan!

«¡Los coraceros de usted son magníficos!» había dicho Ivelina.

¡Y el coronel, excelente hombre, se cuadró, tomando el más airoso aspecto marcial!

Marcos, sonriendo desde lejos, como si hubiera podido adivinar lo que se decían, los esperó; y ellos no lo tomaron á mal, sobre todo el Sr. de Francœur. Por dulce que fuera aquel coloquio, la interrupción le permitía concentrar su pensamiento en Ivelina, y entregarse al encanto de oirla hablar y reir con Marcos. No envidiaba sin embargo la amable familiaridad que entre ambos existía, porque él no se hubiera atrevido á dirigir la palabra á Ivelina en aquel tono. Además, la imposibilidad de hablarle de amor obligábale á limitarse á una meditación apasionada, á un silencioso éxtasis en el fondo del corazón.

No eran gran cosa, sin embargo, aquellas pocas palabras que se habían cruzado entre los dos; pero á su juicio eran mucho y bastante, porque se repercutían á lo infinito en su memoria, evocando la actitud, el ademán, la expresión y hasta el timbre de la voz de Ivelina; todo cuanto hacía de ella un ser aislado, absoluto, supremo. En las tres últimas semanas no había experimentado tan inefables alegrías, y su imaginación por sí sola daba asunto suficiente para aquel poema de amor tan lleno de frescura, tan dulce y tan tardíamente empezado.

Pero al observar una ligera sonrisa de la joven, asaltóle una inquietud. Marcos miraba á las mujeres muy de frente, de cierta manera que le desagradó entonces; y también trataba con mucha franqueza á Ivelina, tal vez demasiada. Un vago sentimiento de celos hirió en el Sr. de Francœur una fibra tenue; ¡pero Marcos parecía tan buen muchacho y ella era tan pura! ¿Qué iba á pensar?... Aquella fugitiva impresión, sin embargo, fué para él muy desagradable.

– Tío, le dijo Juana, vamos á coger azulejos para Ivelina... ¿Quieres?

– ¡Con mucho gusto, chiquilla!, contestó el coronel.

Y comenzó á coger algunas de aquellas flores, doblando su robusto cuerpo para complacer á la picaresca niña, que le gritaba: «¡Aquí, allá! ¡Oh, qué bonita!» Al verle franquear las zanjas del camino, inclinándose hasta tocar las amapolas, Juana batía palmas.

– Tío, le dijo, tú que eres tan grande, ¿sabes á quién te pareces? ¡Pues al gigante del cuento de mi abuela, que no ha de hacer más que bajarse para oir crecer la hierba!

– ¡Y es verdad, contestó el Sr. de Francœur con expresión grave, la oigo!

La niña se admiró; su padre se reía y en el rostro de Ivelina reflejábase dulce contento. El coronel pensaba: «¡Sí, la hierba germina, vigorosa y lozana.» Y oíala muy bien, porque creía en su corazón!

VII

La familia acababa de levantarse de la mesa. El calor era sofocante, bochornoso.

– En tu casa se come demasiado bien, dijo el señor de Francœur á Marcos.

Muy sobrio en el regimiento, el coronel no conocía ese apetito que se despierta al aire libre, ni estaba acostumbrado á las comidas copiosas y al calor de los vinos.

– ¿Y qué?, exclamó Marcos, que tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y la expresión muy alegre.

– Que siento gran pesadez, repuso el coronel.

– ¡Pues no será por falta de ejercicio, porque haces bastante! ¡Sacudámonos un poco! Ven á la sala de armas y tiraremos un rato antes de montar á caballo.

– ¿Con este calor?, preguntó el coronel.

Y maquinalmente siguió á Marcos, que le decía:

– Será necesario que me des algunas lecciones, porque debo andar muy torpe en los lances de esgrima.

Marcos se despojó de la chaqueta y del chaleco y fué á descolgar de la pared caretas y floretes con botón, cuya hoja dobló sobre el entarimado.

– ¿Sin petos?, preguntó el coronel. No me agrada mucho.

– ¿Qué quieres que suceda?

El coronel se ponía el guante, mientras su hermano ensanchaba la curvatura de su careta, demasiado estrecha.

– ¿Estás ya?

Alineáronse, saludaron con el florete alto y se pusieron en guardia, Marcos algo perezosamente, y el coronel con el aplomo y firmeza de un cabo de escuadra. Después de cruzar los aceros, el coronel tiró una estocada que su hermano no supo parar oportunamente, y Marcos sintió apoyarse en su pecho el botón del florete contrario.

– ¡Tocado!, exclamó retrocediendo vivamente.

Hubo un momento de vacilación, los floretes se evitaban para buscarse luego desconfiados, en contactos nerviosos, ligeros y astutos: de pronto Marcos se tiró á fondo; pero un quite seco desvió su arma, y un segundo golpe, en respuesta, le alcanzó debajo de la tetilla.

– ¡Tocado!, volvió á gritar con cierto enojo esta vez, hijo de ese ingenuo amor propio que los hombres tienen en casi todo lo que hacen.

Detrás de los dos hermanos, Lilia y la señora de Kerjuzan, que habían entrado silenciosamente, los miraban con esa inquieta curiosidad que á las mujeres infunden los juegos rudos de los hombres. Marcos no las veía; mas el señor de Francœur, por deferencia á Lilia, aflojó un poco, y dejóse tocar una ó dos veces. Marcos, excitado, avivó el ataque, mientras el coronel se limitaba á defenderse parando; pero Ivelina acababa de presentarse, risueña como de costumbre: la vió coger el brazo de Lilia cariñosamente y formar con ella un grupo encantador. Esto distrajo su atención, y recibió uno tras otro varios botonazos.

– ¡Ah, ah, parece que me desquito!, exclamó Marcos.

Esto picó un poco el amor propio del Sr. de Francœur, y hasta le resintió, pues todos los hombres son así, hasta los mejores, y sin guardar ya tantas consideraciones á su hermano, procuró devolver golpe por golpe para demostrar delante de *ella* su superioridad; pero Marcos, muy alerta ya y un poco traidor, defendíase lo mejor posible, sin mirar si la estocada era rigurosamente correcta con tal que diese en el pecho de su hermano, y evitaba ó negaba el botonazo que recibía. Esta mala fe irritó al Sr. de Francœur; por otra parte, la presencia de Ivelina, el almuerzo y ese calor que se comunica á la sangre del hombre cuando tiene un arma en la mano, excitáronle más. Los hierros crujieron secos y duros, y cierta ruda viveza produjo la ilusión de un duelo peligroso. Siguióse un ataque y defensa bastante ceñidos y empeñados, y al fin se oyó un ruido estridente, un florete roto vibró, y la punta fué á saltar hasta el vestido de Ivelina; mientras que el otro trozo, en manos del coronel, hería á Marcos en el costado, atravesándole la camisa.

– ¡Bien tocado esta vez!, exclamó, quitándose al punto la careta.

Y mirando á su hermano, sonrióse con esa ligera ironía del vencido; pero el coronel, que renegaba de haber tirado sin los petos, repuso con cierto enojo:

– ¡Hubiera podido matarle!... y te está saliendo sangre...

Las mujeres se inmutaron; Lilia se precipitó ansiosa, y vió, en efecto, algunas gotas rojas debajo de la camisa de su esposo.

– ¡Oh, Dios mío!... balbució.

– ¡Vamos, no es nada!, dijo Marcos, algo molestado.

El florete había inferido un rasguño bastante largo, en el que se veía sangre. El coronel, furioso y contristado á la vez, seguía murmurando y excusándose, mientras Marcos, alrededor del cual se agrupaban todos, gritaba que le dejaran en paz. Sin embargo, para complacer á Lilia, la siguió á su habitación, donde curó el rasguño con tafetán inglés.

– ¡Culpa mía es!, repetía Marcos. Roberto rehusaba, y yo le obligué. ¿Dónde está ese buen Roberto? ¡Tenía una expresión tan desconsolada!

– ¡Pero qué imprudencia!, repuso Lilia. ¡Ah! ¡Qué hombres estos!

Así diciendo, apoyó con sus dedos cariñosamente el pedazo de tafetán sobre la herida; mientras que Marcos la contemplaba, sonriendo, al observar su expresión de inquietud.

– ¡Qué niña eres!

Entonces Lilia, con un movimiento rápido y amoroso, besó la parte dañada diciendo:

– ¡Cúrate, herida!

VIII

El Sr. Francœur al salir de la sala de armas, se fué á su habitación, corrió las cortinas y dejóse caer en su lecho. Agitábanse en él ideas extraordinarias, y tenía vergüenza de sí mismo. ¡Qué mezquino era haberse animado así en aquel combate fraternal, empeñarse en tocar á Marcos y en triunfar delante de Ivelina! ¿Por qué habría experimentado aquel sentimiento delante de ella? La sola presencia de la joven había bastado para que con el acero en la mano se sintiera dispuesto á disputársela á todos, al mismo Marcos, si le hubiera tenido por rival.

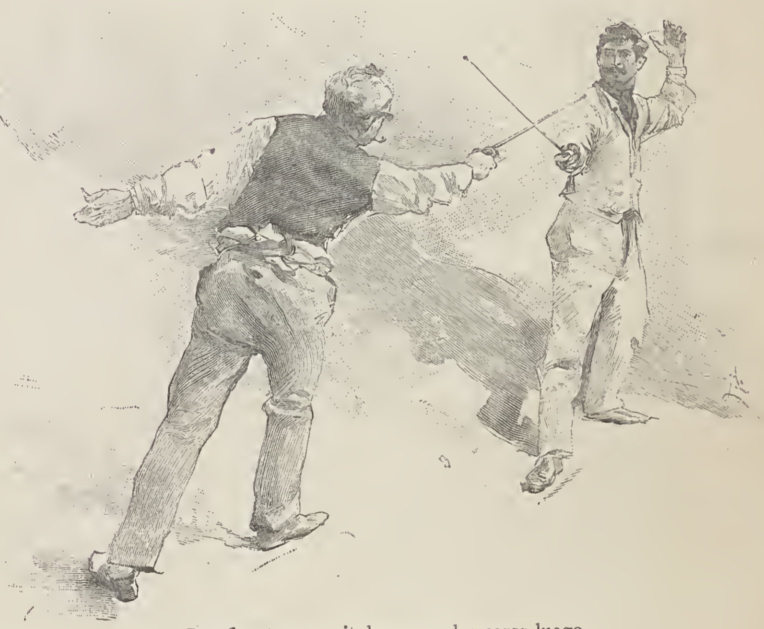
Enconces reconoció la dolorosa verdad.

¡La amaba! ¡Sí, la palabra que no osaba pronunciar gritaba en su interior al fin! La amaba con un deseo exclusivo, una ternura celosa de sus pensamientos, de sus miradas y con el brutal orgullo de complacerla. Amábala no como poeta, sino como hombre vulgar, con todas las debilidades y las pequeñeces de los humanos. ¡No era ya aquel hermoso sueño ilusorio, aquella tierna quimera en que vivía hacía tres semanas cuando cerraba los ojos; nada había ya vago en su alma, nada de engañosas puerilidades! La quería para sí, toda para él solo.

Entonces el porvenir se desarrolló ante sus ojos, alarmante y vago. Amaba á Ivelina; pero ¿cómo obtenerla? Honradamente; casándose con ella.

¡Unirse él con Ivelina! ¿Le sería dado alcanzar esta felicidad? El coronel recapacitó. Por su parte llevaría en este enlace la madurez de su razón, la experiencia de su vida, las ternuras concentradas en su alma, algo muy bueno y apasionado en que el amor se mezclaría con el cariño del amigo y del padre; pero esto sería demasiado hermoso. ¿Cómo esperarlo?

– ¡Qué locura! ¡Olvidaba su edad, y atrevíase á pensar en Ivelina, una niña aún... sí, una niña! Habíala sorprendido jugando con Juana; tenía en sus brazos una muñeca y hablábale como si fuese una persona. La joven sonrió y ruborizóse al verle; y si ella se prestaba á tales juegos, ¿no sería porque su alma, demasiado cándida, no se había formado aún? Pero el coronel se contestaba: «Es mujer; en su sencillez manifiesta instintos innatos de coquetería, de pudor, y se turba fácilmente ante los hombres. ¿No es su mayor encanto que siendo una niña grande pueda ser á la vez madre? ¡Cuán encantadora estaría meciendo á sus hijos como si fuesen muñecos!»


Los floretes se evitaban para buscarse luego

Pero él era viejo, ó por lo menos lo sería pronto. El coronel se reveló contra esta idea. ¿En qué se veía la decadencia? ¿En las arrugas, en el cabello blanco, en la debilidad del alma y del cuerpo?

El Sr. de Francœur saltó del lecho y descorrió las cortinas para que entrase el sol de lleno en la habitación; después, con los codos apoyados en la chimenea, examinóse ante el espejo. ¡Aquel color congestionado!... ¿no era por ventura lo mejor que tenía en aquel momento? La plenitud de sangre, ¿no revelaba su fuerza? ¿Y su cabello? Ni uno solo gris. ¿Y sus dientes? Sólidos y blancos como los de *Poitou*. La nuca, algo curtida por el sol, conservábase lisa, como su espaciosa frente, que revelaba un carácter franco. ¡Y su fuerza!... Extendió el brazo, cogió y elevó el reloj de la chimenea, aunque era un pesado grupo de bronce, y volvió á dejarle en su sitio, admirándose de que se hubiese parado. Además de esto, respiraba poderosamente, embriagado por la savia ascendente del amor que le invadía como un vino.

«¡Soy joven, repetía, soy joven!»

Y con un entusiasmo de gigante, sonreía silencioso, rebosando satisfacción. Para apagar aquel fuego que le abrasaba, vació todo un jarro en una de las grandes palanganas y sumergió en ella toda la cabeza con una alegría casi salvaje.

Serenado con esto, enjugóse, se ajustó la ropa cuidadosamente, y humedecióse las sienes con agua de Colonia. Una angustia le acosaba ahora. Y como la inmersión de su cabeza en el agua fría había tranquilizado la excitación nerviosa que tanto entusiasmo le produjera poco tiempo antes, cambiando la fogosidad de sus pasiones en apacible serenidad, dióse á pensar seriamente, discurriendo sobre la trascendencia que encerraba el cambio de estado después de sus años, máxime buscando para compañera una verdadera niña, y agregaba á estas reflexiones las dificultades y los obstáculos que opondrían las familias interesadas.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRILES

EXPERIMENTO DE GRAN VELOCIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

Si hay un país en donde la extrema rapidez de los trenes esté plenamente justificada por la longitud de las etapas que se han de recorrer para activar las relaciones de las grandes ciudades entre sí, ese país es los Estados Unidos de América. Es evidente que la población no está allí distribuída en pequeños grupos habitados con densidad comparable á la de nuestros municipios, y que, por el contrario, está repartida en grandes centros muy densos separados por considerables intervalos poco habitados.

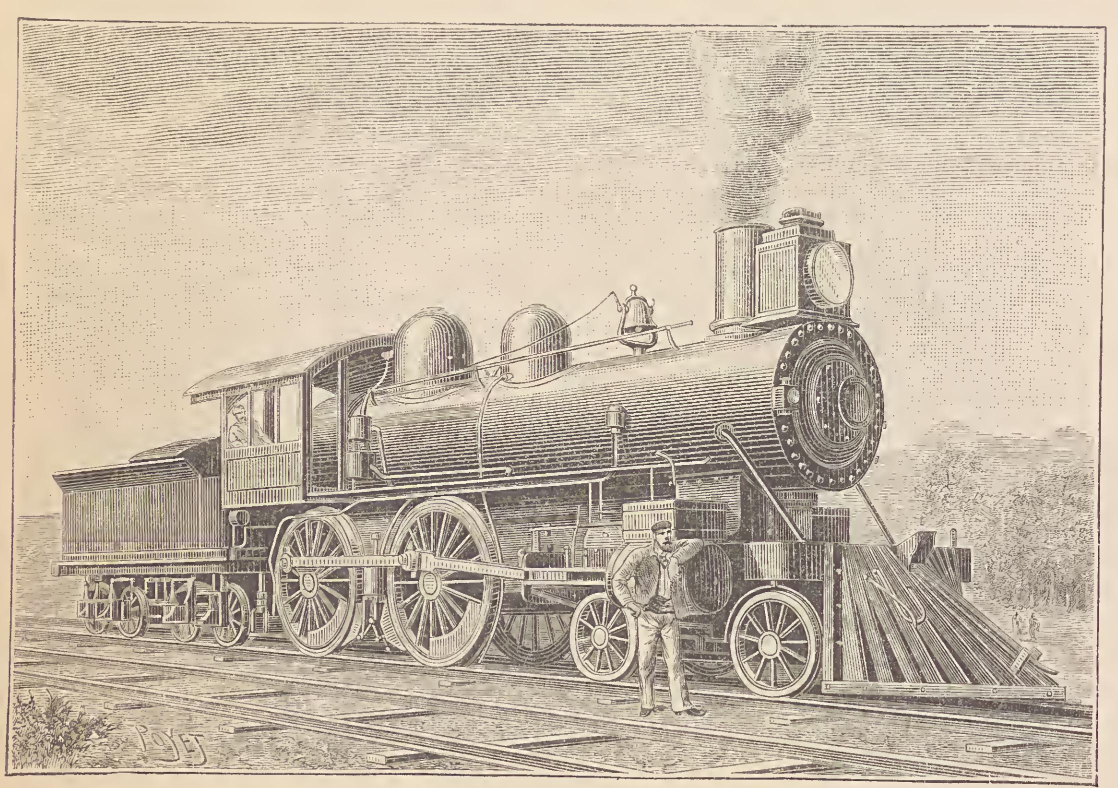


Fig. 1. – Nueva locomotora americana á gran velocidad

Hasta el presente el examen de los horarios de los trenes rápidos de las principales redes de aquel país ha demostrado que las velocidades no son superiores á las de los grandes expresos europeos, sobre todo los de la Gran Bretaña; pero esto se explica teniendo en cuenta que en general las condiciones de asentamiento de la vía y de solidez de las obras de fábrica son muy inferiores á las que reunen los ferrocarriles de Europa. Desde hace sólo pocos años, algunas compañías ferroviarias de los Estados Unidos se han dedicado á mejorar lo que constituye la base fundamental de un servicio de trenes, es decir la solidez del asentamiento de la vía: podemos citar entre otras la gran Compañía del ferrocarril de Pensylvania y la del *New-York Central and Hudson River.*

El concurso de velocidades verificado en Inglaterra en 1888 excitó la envidia ó la emulación de los norteamericanos, y ha dado lugar á los esfuerzos de la *New-York Central and Hudson River*, realizados en forma muy americana, es decir, lanzando un tren de velocidad excepcional que ha recorrido en siete horas, 19 minutos y 45 segundos la enorme distancia de 702 kilómetros y 428 metros, lo que corresponde á una velocidad comercial de 95'8 kilómetros por hora. Preciso es confesar que los ingleses han quedado vencidos, pues con esta velocidad habrían recorrido los 637 kilómetros de Londres á Edimburgo en 398 minutos, siendo así que el tiempo mínimo empleado en recorrer este trayecto fué, en el citado concurso, de 447.

Veamos de qué medios se han valido los americanos para lograr esta velocidad que califican de *sin igual.*

La línea de la red del Hudson-River, en la que la compañía deseaba acelerar su servicio, es la que une las ciudades de Nueva York y Búffalo, cerca del desagüe del lago Erié y no lejos de las cascadas del Niágara.

La vía remonta hasta Albany el valle del Hudson, cuya dirección general es de Sur á Norte, y luego el de uno de sus afluentes al Oeste, que deja para atravesar la cumbre que separa las cuencas del Hudson y del San Lorenzo un poco antes de llegar á Siracusa. Sigue después, torciéndose hacia el Sur, la orilla del lago Ontario y termina en Búffalo. El perfil de esta vía es muy á propósito para un servicio de trenes rápidos, gracias á la falta de declives pronunciados.

Las locomotoras construídas para este servicio (figura 1) no difieren en su aspecto exterior de las demás máquinas empleadas en los Estados Unidos, y únicamente son mucho mayores en ellas las dimensiones de los órganos motores y de la caldera.

Tienen estas máquinas dos pares de ruedas motrices apareadas hacia la parte posterior, cuyo peso adherente es de 36.320 kilogramos y un *boggie* en la parte delantera sobre dos pares de ruedas de pequeño diámetro, que pesan en conjunto 18.160 kilogramos; de suerte que el peso total de esta poderosa máquina es por sí solo de 54.480 kilogramos: añádase el ténder, que contiene unos 16 000 litros de agua y 6 toneladas de carbón, y tendremos un peso total de 90.800 kilogramos.

Añadiremos como detalle interesante que si esta máquina ha podido producir el trabajo que de ella se ha exigido, débese esto á que las condiciones de asentamiento de las vías han permitido dar á la caldera una capacidad que es imposible obtener en otros países, á menos de emplear el procedimiento del ingeniero M. Flaman para las calderas de la Compañía del Este francés. En efecto, así como en la mayoría de los países el diámetro del cuerpo cilíndrico de la caldera no puede pasar de 1'270 metros porque debe montarse entre las ruedas motrices á causa de la poca distancia de que se dispone desde los rieles hasta la parte inferior de ciertas obras de fábrica, en América podía colocarse el eje del cuerpo de caldera notablemente más arriba del extremo del diámetro vertical de las ruedas motrices y darle un diámetro de 1'473, igual al que las compañías francesas emplean en las potentes máquinas para mercancías, cuyas ruedas tienen apenas 1'30 de diámetro.

El ensayo que tanta sensación produjo en los Estados Unidos tuvo lugar á fines del año pasado: en el tren iban las altas autoridades de la compañía, uno de los vicepresidentes Mr. Webb, el director general Mr. Teodoro Woorhees y también los jefes superiores de los servicios de explotación y del material y tracción.

Componíase el tren de tres grandes vagones de los llamados *palace-car*, de 40, 35 y 42 toneladas respectivamente, ó sea un total de 117 toneladas. La figura 2 reproduce el orden de marcha del tren.

Cada uno de estos vagones, del mismo perfil, está montado sobre dos *boggies* articulados, merced á lo cual el conjunto adquiere gran flexibilidad en el paso de las curvas.

Su forma misma es sumamente ventajosa para ofrecer la menor resistencia posible al viento; además para los doce pares de ruedas de este tren vemos que sólo hay dos intervalos entre los coches, siendo así que un tren de otro país presentaría nueve para el mismo tonelaje. Estos intervalos aumentan considerablemente la resistencia del viento por el efecto de paletas que producen.

Salido de Nueva York á las 7 y 30 minutos y 15 segundos, el tren recorrió la primera etapa, de Nueva York á Albany (229.956 metros) en 2 horas, 19 minitos y 45 segundos, ó sea con una velocidad media de 98'7 kilómetros por hora, siendo 114 la máxima (durante 25 kilómetros) y 80 la mínima. Después de una detención de 3 minutos y 28 segundos para cambiar de máquina, salió de Albany y recorrió la segunda etapa, hasta Siracusa (238 kilómetros), en 2 horas, 26 minutos y 15 segundos con velocidad media de 97'6 kilómetros por hora. En Siracusa volvió á cambiar de máquina, operación en la que empleó 2 minutos y 30 segundos, y en 1 hora, 7 minutos y 49 segundos recorrió la etapa de Siracusa á Fairport (112 kilómetros): en este último punto detúvose 7 minutos y 50 segundos para que se enfriara un pezón de un eje que se había calentado. La última etapa de Fairport á East Búffalo (121 kilómetros) fué recorrida en 1 hora, 11 minutos y 55 segundos.

En suma, la línea de 702.428 metros había sido recorrida en 7 horas, 19 minutos y 45 segundos, y deduciendo las paradas, en 7 horas, 5 minutos y 44 segundos, ó sea una velocidad media general de 98'9 kilómetros por hora.

Cierto que no hay ejemplo de trayectos tan largos recorridos con igual velocidad, y que los americanos han sido los primeros en hacer tal ensayo; pero una cosa es verificar un experimento y otra muy distinta establecer un servicio regular conformándose con los resultados excepcionales de esta prueba. Hay, en efecto, un elemento cuya acción adquiere completa



Fig. 2. - Tren de ensayo americano que recorrió 702 kilómetros y 428 metros en 7 horas y 17 minutos

preponderancia á medida que aumenta la velocidad, cual es el estado de la atmósfera, bastando un poco de viento en las épocas en que los trenes van atestados de viajeros para que el servicio á gran velocidad pierda algo de su exacta puntualidad, en cual caso las perturbaciones de las grandes líneas repercuten naturalmente en todos los ramales con los que están éstas en correspondencia. Así lo han comprendido los ingleses cuando han tenido que sacar deducciones de sus pruebas de 1888, pues en vez de llevar la marcha de sus rápidos á Escocia hasta los límites en aquéllas obtenidos, han tomado un término medio entre el horario anterior y el que resultaba de sus últimos experimentos.

Para lograr un servicio rápido no bastan solamente las locomotoras, sino que hay que tener principalmente en cuenta el material móvil y las condiciones de la vía, que ha de estar sólidamente asentada y perfectamente conservada. Las vías europeas, por regla general, dejan bastante que desear, y en cuanto al material los trenes están casi siempre formados con vagones de todas clases, sin ninguna homogeneidad en su forma exterior ni en la distribución del peso, y no tienen por consiguiente en las curvas una flexibilidad uniformemente repartida en todos sus elementos. El ideal de un tren de marcha rápida es evidentemente aquel al cual se aproxima el tren de prueba americano, es decir, una cadena de vehículos de igual forma, longitud y peso que se inscriba con facilidad en una curva y presente en ella la imagen de un polígono regular. Esa inscripción se logra merced á la adopción de un tipo de vagones cuya caja, muy larga, se apoya en sus extremos al eje de dos juegos de cuatro ruedas. Este material presenta menos resistencia á la tracción que el material ordinario de ajuste rígido, y además, como el mismo número de asientos está repartido en un número mucho más reducido de vehículos, hay menos intervalos entre los vagones y por ende menos espacios por donde pueda sentirse la acción del viento.

(De *La Nature*)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

GALERÍA DE ARCOBRICENSES ILUSTRES, *por D. Miguel Mancheño y Olivares*. — Colección de biografías de los hijos ilustres de Arcos de la Frontera; está muy bien escrita, contiene datos curiosísimos y va precedida de una carta misiva del *Doctor Thebussem*. Véndese al precio de 5 pesetas en la librería del *Arcobricense* (Corredera, 50, Arcos de la Frontera) y en las principales librerías de España.

* * *

LA MUERTE, *por el conde Tolstoi*. — Notable, como todas las de este escritor ruso, es la última obra publicada por *La España Moderna* que comprende cuatro narraciones, en cada una de las cuales brillan el poderoso ingenio y la profundidad de pensamiento del conde Tolstoi. — Precio 3 pesetas en las principales librerías.

* * *

MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, *por Ernesto Renán*. — El ilustre escritor francés relata en este libro los principales episodios de los primeros años de su vida: al interés que al asunto presta la personalidad del gran pensador únese el encanto de un estilo elegante, sencillo, digno de la pluma del autor de *La vida de Jesús*. Cada una de sus páginas es la revelación de un secreto, una confesión. — Forma parte de la «Colección de libros escogidos» que con tanto éxito publica *La España Moderna*, y se vende al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

* * *

LA CUESTIÓN SOCIAL Y LAS MANIFESTACIONES OBRERAS, *por D. Justo Fornovi*. — Como su título lo indica, este libro no puede ser más de actualidad y en él se trata con gran conocimiento del asunto de los medios de gobierno y se estudian con imparcial criterio el modo de ser y las necesidades de las clases que constituyen el cuerpo social. Es un verdadero ensayo de un plan de reformas para obtener el mejoramiento real y positivo de la clase obrera. — Véndese á 2'50 pesetas en las principales librerías.

* * *

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez*. — El digno magistrado de esta Audiencia, autor de la importante obra *Código Civil comentado y concordado*, de que á su tiempo dimos cuenta en esta sección, ha comenzado la publicación de una revista que será el complemento de aquélla. Se dividirá en cuatro secciones (doctrinal, legal, jurisprudencia, cuestionarios y fueros) y en ella colaborarán los primeros jurisconsultos españoles. Los precios de suscripción por 12 entregas son: Barcelona, 9 pesetas; Provincias, 10; Ultramar 15, y el de cada entrega suelta una. — Suscríbese en la Redacción y Administración de la Revista (Fontanella, 44, pral.)

* * *

JACK, *por Alfonso Daudet*. — Esta novela de costumbres contemporáneas es una de las más interesantes del notable escritor francés, y sin duda la más sentida. Forma parte de la «Colección de libros escogidos» de *La España Moderna*, y los dos tomos que la constituyen se venden al precio de 3 pesetas cada uno en las principales librerías.

* * *

NUEVAS TABLAS DE REDUCCIÓN DE PESAS Y MEDIDAS MÉTRICAS, *por D. Simón Aguilar y Claramunt*. — Su solo título indica cuán indispensable es esta obrita en un país como el nuestro donde cada provincia, cada región y aun cada localidad tienen sus pesas y medidas especiales, que á pesar de todas las disposiciones gubernativas no ha logrado hacer desaparecer el sistema métrico decimal. Todos los cálculos y reducciones están hechos por un procedimiento claro que hace facilísima su comprensión. — Editado por D. Pascual Aguilar (Caballeros, 1, Valencia), véndese al precio de 0'75 pesetas en casa del editor y en las principales librerías.



ESPERANDO AL CURA, escultura de D. Tomás Cardona. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN